EDUARDO MARQUINA
LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

ROSA DE FRANCIA

HIS-PA-NIA

ROSA DE FRANCIA

OBRAS DE EDUARDO MARQUINA

VERSOS

Odas (agotada).
Eglogas.
Las Vendimias.
Elegías (segunda edición).
Vendimión (poema).
Canciones del momento.
Juglarias.
Tierras de España.
Breviario de un año.

TEATRO

El Pastor (poema dramático).
Benvenuto Cellini (biografía dramática).
Las Hijas del Cid (segunda edición).
Doña María la Brava (tercera edición).
En Flandes se ha puesto el sol (quinta edición).
La Alcaidesa de Pastrana (agotada).
El Rey Trovador (segunda edición).
Cuando florezcan los rosales (segunda edición).
Por los pecados del Rey (drama en tres actos, en verso).
La Hiedra (tragedia vulgar, en tres actos, en prosa).
El Retablo de Agrellano (drama religioso-fantástico, en verso).
Una mujer (comedia sentimental, en prosa).
Las flores de Aragón (comedia histórica, en verso).
El Gran Capitán (leyenda dramática, en verso).
Alimaña (drama en cuatro actos, seguido de «La Princesa juega», comedia en dos actos).
Tapices Viejos (entremeses y pasos de comedia, en verso).
El Pavo real (comedia poética, en verso.)
La Morisca (drama lírico).

NOVELAS

Almas anónimas.
Las dos vidas.
La Caravana.
Beso de oro.
Agua en cisterna (ediciones «La Pluma»).
El destino cruel (ediciones «La Pluma»).
El beso en la herida (biblioteca «Estrella»).
Almas de mujer (Biblioteca Nueva).

OBRAS DE LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

VERSOS

Meditaciones y otros poemas (1914, segunda edición).
Láminas de Folletín y de Misal, 1920.
La Eterna Inquietud, 1922.

TEATRO

La Campana (drama en prosa, 1919).
La Dama del Armiño (drama en verso, 1921, segunda edición).
El Doncel Romántico (folletín escénico, en verso, 1922).
Romance de Doña Blanca (episodio dramático, en verso, 1923).

NOVELA

El Hijo (cuentos, 1921).

ROSA DE FRANCIA

JUEGO DE COMEDIA
EN TRES ACTOS, EN
VERSO, ORIGINAL DE

EDUARDO MARQUINA Y
LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL REY ALFONSO,
EL 31 DE MARZO DE 1923, POR LA COMPAÑÍA OLIVER-COBEÑA



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4. MADRID
1923

Para los pedidos dirigirse a la «Biblioteca Hispania» o a «Editorial Reus» (Cañizares, 3 duplicado).

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

PERSONAJES

Luisa Isabel de Orleans (Esposa de Luis I.)
Isabel de Farnesio (Esposa de Felipe V.)
Algarina.
Rosalba (Azafatas de la Orleans.)
Clarisa.
La Condesa de Altamira (Camarera Mayor de la Orleans.)
Luis I «El bien amado» (Rey de España.)
Felipe V (Padre de Luis I.)
Renato de Magny (Gentilhombre de la Orleans.)
Cirilo. (Rústico.)
Simón. (Idem.)
Andrés. (Idem.)
Un capitán.
Un paje.
Un soldado.

Lanzas, soldados y pajes.

La acción hacia el año 1725. Acto I, en el Real Palacio de la Granja. Acto II y III, en el del Buen Retiro.

A

Carmita Oliver Cobeña

Nuestra «Rosa de Francia», como todas, debía
vivir el espacio de un día;
pero, gracias al vivo fulgor de primaveras
que, a la tuya, acompaña;
gracias a los hechizos de milagro y de hazaña
con que realzó tu genio sus tintas pasajeras,
vivirá, sin ajarse, los días que tú quieras,
gentilísima rosa de España.

E. M. y L. F. A.

Madrid, Abril 1923.

ROSA DE FRANCIA

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

Gentil camareta en el palacio de La Granja.

Dos puertas laterales. Una, ornada de una cortina leve, da ingreso al baño de la *Orleáns*. Otra, a sus habitaciones privadas.

También dos puertas al foro.

Es una clarísima mañana. Una fina entonación blanca y rosada en la escena.

La *Reina* estará en su baño. La cortina, casi descorrida. Un primoroso biombo, casi de juguete, trata en vano de reclamar para el baño de la *Orleáns* un recato de clausura y de intimidad que no tiene.

En la escena habrá dos camareras de la *Reina: Rosalba,* francesa, y *Algarina,* española. Dentro del camarín del baño está con la *Reina, Clarisa,* otra de sus azafatas.

A *Isabela* se la oye, casi, como si estuviera en escena.

(Al levantarse el telón, Algarina *y* Rosalba *estarán hablando. Suena en el cuarto de baño una alegre carcajada.)*

ALGARINA

¿Esa risa?

ROSALBA

Es la suya.

ALGARINA

Con su boca de fresa,
nuestra Reina, Isabel de Orleáns, la francesa,
al reír, maravilla; porque a todas las cosas
parece que le pone guirlandinas de rosas.

ROSALBA

Sin embargo, es bien poco lo que la Reina puede
transmitir a las cosas de su genio florido.

ALGARINA

La verdad es que apenas reinar se la concede.

ROSALBA

Yo no extraño, Algarina, que todo se le vede,
cuando hasta le prohiben querer a su marido.
No sé cómo Isabela lo puede tolerar.

ALGARINA

Ni yo. Todas nosotras, sus damas españolas,
estamos asombradas de que vivan a solas
dos esposos, unidos por Dios ante su altar.

ROSALBA

Y nosotras, sus damas francesas, que la vemos
desdeñada, aburrida y sola en todo instante,
estamos indignadas, porque no comprendemos
en qué piensa la Reina, que aun no tiene un amante.

(Sale del cuarto de baño, remojada, sacudiéndose, la Duquesa de Altamira.)

ALGARINA

(A la Duquesa.)

¿Se metió ya en el baño?

ALTAMIRA

Y como cada día,
patalea y promueve algarabía;
nos moja, nos salpica, derrama la bañera,
y toda he de mudarme después... Ser camarera
no quiero de tal niña...

(Entra, furiosa, por la otra lateral, para secarse y volver a salir, cuando se indique.)

ROSALBA

(Por la Altamira.)

Esta doña Estantigua,
por todo toma susto y se santigua.

ISABELA

(Dentro.)

Jabona bien, Clarisa, que se espese la espuma,
como si el baño fuera cojín de blanca pluma.

CLARISA

(Idem.)

Como no estéis más quieta,
no me ha de ser posible jabonaros

ISABELA

¡Aprieta
bien y sin miedo, hasta que salga brillo!

CLARISA

¡Si os revolvéis al modo de un fugaz pececillo!

ISABELA

Gracias te doy, Clarisa, porque dijiste pez,
y no rana o sapito.

CLARISA

Tan gran insensatez
no dijera yo nunca.

ISABELA

No te asustes, Clarisa.
Bien sabes que tu Reina te lo tomará a risa,
y nunca fué severa para sus azafatas.

CLARISA

Nos honra en demasía la Reina.

ISABELA

Y tú me tratas
con poco miramiento. ¿Dejarás de apretar?

CLARISA

¡Si vos me lo mandasteis!

ISABELA

¡Pero no hasta sangrar!

ROSALBA

(Que sigue hablando con Algarina, *al callar las otras voces:)*

¿Decís que casi estáis segura del motivo
de la separación?...

ALGARINA

Y si no estoy segura,
por lo menos, concibo
que la Reina Isabela, con su desenvoltura,
asuste a los dos viejos monarcas... No me extraña
que, para ella, decreten semejante aislamiento;
ya sabéis que tan sólo se trató el casamiento
para acabar las guerras entre Francia y España;
pero Luis, el esposo, como habréis visto, tiene
de cera el corazón, y manda en él cualquiera.

Ahora bien: a la Reina vieja no le conviene
que las manos de nadie modelen esa cera.
Es áspera, orgullosa, dominadora, altiva,
y si abdicó en los jóvenes con ánimo reacio,
fué obligada; ella no quiere que nadie viva
sin pedirle permiso para todo en Palacio.
Pretextó que el Rey Luis es todavía un niño,
que podría cansarle la obligación de esposo;
que iba a serle nociva tal vez, con su cariño,
una mujer tan joven, de ánimo tan goloso,
que las rosas de Francia tienen muchas espinas,
y ésta más, siendo en todo tan libre y jovial;
que a nadie perjudica lo que no hace... Total:
que, apenas descorridas, las cortinas
se corrieron de nuevo sobre el lecho real.
La boda de ambos niños fué simulacro; Dios
les ha dado permiso para quererse; pero
la Farnesio, impasible, se yergue entre los dos
y es de sus dos alcobas furioso cancerbero.

ROSALBA

Me parece picante
la situación.

ALGARINA

¿Verdad?

ROSALBA

Y el caso, interesante.

ALGARINA

Para la Reina joven, muy triste.

ROSALBA

No, Algarina.
Todo está en que ella sepa, con arte, aprovechar
sus armas: el amante; no hay mejor medicina.

ALGARINA

(Horrorizada.)

¿Faltarle al Rey?... Sería condenarse delante
de Dios y de los hombres...

ROSALBA

Faltarle... sin faltar.
¿No la separan de él? Pues el caso es tomar
al marido de amante.

ALGARINA

Se dice pronto, pero...

(Rosalba, *inquieta, se dirige al foro izquierda.)*

ROSALBA

Jurara que han sonado
las alabardas...

(Mira desde la puerta del foro izquierda.)

Sí... No me he engañado...
¡Los Reyes viejos!...

ALGARINA

¡Y la Reina no termina
su baño!...

(Llamando.)

¡Majestad!...

ISABELA

(Desde dentro.)

¿Qué sucede, Algarina?

ALGARINA

¡Que los Reyes se acercan!

ISABELA

Acérquense en buen hora.

ALTAMIRA

(Que volvió a salir hace un instante.)

¿Y se habrán de esperar a que os vistáis, señora?

ISABELA

Pasadlos.

ALGARINA

¿Han de veros así?

ISABELA

¿Doy susto acaso?

ALGARINA

(Corriendo la cortina.)

Más bien maravilláis; pero...

ISABELA

¿Qué?

ALGARINA

Si los paso...

ISABELA

Acaba...

ALGARINA

Servirá de escándalo, señora.

ISABELA

¿Escándalo mirar sin celajes la aurora?
¿Es que no lo permite vuestro ceremonial,
o es bañarse un terrible pecado capital?

(En estas, entran por el foro izquierda los Reyes Felipe V *y* Doña Isabel de Farnesio. *Las damas callan en el acto, pero se oye dentro una carcajada de* Isabela.)

LA FARNESIO

¿Quién ríe así en Palacio?

ROSALBA

La Reina...

FELIPE V

Es su manera
de reír.

FARNESIO

Convendría
que la Reina aprendiera
a moderar su risa.

FELIPE V

Yo haré que no se ría,
si os parece.

FARNESIO

No es eso,
señor; yo no pretendo que abandone del todo
su risa; lo que quiero es que cambie de modo
de reírse; una Reina debe reír con seso.
(Nuevas carcajadas dentro.)

FELIPE V

¿Otra vez?...

FARNESIO

¡Es horrible!... No sé... Me desconcierta;
por lo menos, cerrad, Altamira, esa puerta.

ALTAMIRA

No hay tal puerta... Es un paño;
sencillamente el paño de una cortina lisa.

FARNESIO

¿Pues dónde está?

ALTAMIRA

En el baño.

FARNESIO

¿Para qué?

ALGARINA

Para...

FARNESIO

¡El baño!

¡Linda preparación le hace a la misa!
De modo que, sin puertas, detrás de una cortina,
está el famoso baño de esa criatura extraña;
la pila de alabastro y en forma de pechina,
que dió tanto que hablar en mi Corte de España.

ALTAMIRA

(Aspaventosa.)

Sí, señora, ¡un caldero de infierno!...

ROSALBA

(Sonriendo.)

Una redoma
de alquimias de perfume, donde la Reina toma,
gracias al manto de agua en que se envuelve y juega,
la apariencia, en pequeño, de una Afrodita griega...

Figura un mar el zócalo de plata en que, embutido,
va todo el artefacto, cincelado y bruñido;
unas perlas remedan el agua que salpica
los redondos costados de la bañera; rica
chapa de oro la forra por dentro, y dos figuras
de gordos amorcillos, en graciosas posturas,
vierten, a voluntad, agua hirviente o helada...

ALTAMIRA

¡Dos figuras, señora, donde no falta nada!...

FARNESIO

Basta...

(A Don Felipe.)

Mirad en torno y decid: este lujo
de encajes, cornucopias y cortinas de seda,
toda esta regia cámara, ¿no parece, a su influjo,
hato de baratijas en rincón de almoneda?

(A las azafatas.)

¿Aprueba este desorden vuestra Reina, señoras?

ALGARINA

Nos tiene prohibido que toquemos a nada.

ALTAMIRA

Ella misma hace, a veces, menester de criada
y ordena, limpia... ¡y barre!, para matar las horas

FARNESIO

¡No cabe enmienda en tanto desvarío!
Su cabeza está huera...

FELIPE V

Su tiempo está vacío;
convendría ocuparla, buscarle distracciones...

FARNESIO

Ya ella las busca... Un mono, un papagayo, un gato
—tres ofensas al gusto, al color y al olfato—,
la distraen, por lo visto, desde esos tres rincones...
Y entretanto, mirad lo que os decía:
ni altar, ni reclinatorio,
ni cruz, ni vieja talla de la Virgen María,
donde, después del lavatorio,
le haga al Señor sus preces cada día.
¿Cuándo reza la Reina y en qué pieza?

(Las azafatas callan.)

Responded. ¿Cuándo reza?

ISABELA

(Gritando desde el baño:)

¡Cuando me aburro, señora!

FARNESIO

¿Pero es ella?... ¿Escuchabais?

ISABELA

¡Todo lo que decís!

FARNESIO

¡Rezar cuando os aburrís!

ISABELA

Y no es poco, madame, doce veces por hora.
Pero... pasad; me duele ver que hacéis,
a vuestra nuera, antesala
como dos pedigüeños que vienen de la aldea...
Pasad, pasad; veréis
mi baño, que es espléndido, y a mí, que no soy mala
ni, en mi concepto, fea.

FARNESIO

¡Desvergonzada!

(A Felipe.)

Logrará ofenderme.

FELIPE V

Conteneos, señora.

FARNESIO

No podré contenerme.

ISABELA

(Se oye otra vez su voz, dentro.)

¡Fricciona bien, Clarisa!, ¡hasta que dé un reflejo
la piel, como de nácar!... No me adules, espejo.

FARNESIO

¿Habéis oído?

FELIPE V

Lo que no quisiera
haber oído.

ISABELA

¡Basta!... ¡Andando!... ¡Fuera!
(Descorre la cortina de un tirón, y aparece en escena, envuelto en un manto suave y claro, el cuerpo desnudo, recién salida del baño.)

¡Oh, los dos en mi cámara!... ¡Qué buenos sois! Un b

FARNESIO

En la mano...

ISABELA

(Desencantada.)

¿En la mano?...

FARNESIO

(Brusca.)

Sí; porque aquí se cuida
de no pasar jamás de la justa medida.

ISABELA

¿Ni siquiera en lo bueno?

FARNESIO

Daña, en todo, el exceso.

ISABELA

(Besando la mano del Rey.)

¡Cómo recuerda Luis la estampa de buen mozo
que en vuestra juventud habréis tenido!...

(A la Farnesio.)

¡Ah!... ¿No os dije, señora, que le apuntaba el bozo?
Sí, ya va siendo un hombre mi marido...

(Pasa con sus azafatas, para acabar de vestirse, detrás del gracioso biombo que habrá en escena.)

Vestidme... Aquí, Algarina; aquí, Clarisa, y cuida
que todo se haga en el mayor secreto.

(Asomando por encima del biombo.)

Me llega casi al hombro el parapeto;
creo que es justa la medida.

(Hay un silencio; trasiego de ropas y ruido de sedas.)

¡Lindo día tenemos!

FARNESIO

Lo habréis agradecido,
rezándole al Señor.

ISABELA

He preferido
cuando me levanté, muy de mañana,
salir al parque. El aire parecía bruñido
y limpio como una manzana...

La sierra se había calado
un corpiño morado
de la más española importancia,
porque es vieja y no ignora lo que a sus años debe;
pero adornado, a la moda de Francia,
con zurullones de encajes de nieve.
Balsaín, alentando, nos enviaba en ondas
un olor masticable de resinas...;
cascabeleaban, picando, en las frondas
los pardales y las cardelinas.
Batían martillos de plata, en la fragua
de los surtidores;
temblaban, manando rocío, las flores
y crujían la arena y las gotas de agua.
Hemos jugado, hemos comido
cerezas que sabían a un delicioso gusto;
nos ha dado un susto,
cruzando de repente, estremecido,
rey de las frondas, de los parques amo,
fundido en oro, un elegante gamo:
fuimos tras él; se lo tragó un arbusto.
Ya, puestas a correr, hemos apedreado
los estanques, y el agua, sus cristales partidos
volvía a juntar con mil ruidos;
salió, a vernos, el Sol; hemos cazado
mariposas y nidos...
No he rezado, señora; pero ¡cuánto he gozado!
¡Con toda el alma y todos los sentidos!

FARNESIO

Todo eso está en su punto; ello no obstante,
como fué al cabo material el goce,
le rezaréis a Dios, que es lo importante,

esta mañana, en la misa, a las doce.
Que vuestro esposo, el Rey, os acompañe;
me han dicho que el sermón será extremado;
venid, y ya que el cuerpo habéis bañado,
dadle al alma también con que se bañe.

(Van a salir los dos Reyes viejos.)

ISABELA

(Llamándoles.)

¡Chist!... ¡Señora, señora!

FARNESIO

(Volviéndose.)

¿Qué decíais?

ISABELA

Un ruego...

FELIPE V

Dadlo por atendido.

FARNESIO

Que hable..., y veremos luego.

ISABELA

(Dejando el biombo, vestida.)

En lo de ir yo al sermón, precisamente,
hay un ligero inconveniente.

FARNESIO

¿Y es?

ISABELA

Que a mí no me gustan los sermones.

FARNESIO

¿Me pondréis condiciones?

ISABELA

Y que no puedo ir.

FARNESIO

¿Desobediente?

ISABELA

No, madre: cazadora.
He organizado una partida
para hoy sin falta, y a la misma hora,
y he de asistir, pues soy la que convida.
Vendrán mis camareras, dos gentilhombres y
mi compatriota el Marqués de Magny.

FARNESIO

Ya que habláis del Marqués, mejor sería
que no os mostrarais en su compañía
tan a menudo.

ISABELA

(Saludando.)

Pienso exactamente
como vos. Decid, pues, al ausente,
cuyo olvido me fuerza a rodearme,
dondequiera que voy, de extraña gente,
que quiera, alguna vez, acompañarme.
Id al sermón; yo voy a la batida
con el Marqués; al Rey, mi esposo,
mi decisión contadle; y, si es celoso,
que entre el sermón o su mujer decida.

FARNESIO

(Saliendo y haciendo pasar a Felipe V.*)*

¡Basta! ¡Ya esto es perfidia, no imprudencia!

ISABELA

(Con sequedad.)

Decidlo a Luis, y él dicte la sentencia.

(Se han ido los dos Reyes viejos por el foro derecha; se van también Algarina *y* Altamira *por la lateral. Quedan en escena* Isabela, *sentada, y* Clarisa, *que acaba de hacerle su tocado.)*

CLARISA

(Por los Reyes.)

Contrariados se van
los Reyes, señora mía.

ISABELA

Si así van, lo sentiría
por el Rey, pues aunque están
en contra mía los dos,
él es bondadoso.

CLARISA

Y
acaso el único, aquí,
que se interesa por vos.

ISABELA

De la Farnesio, en verdad,
sospecho que tiene envidia
de mi mocedad,
y me tortura y fastidia
con tanta severidad.
¿Será, como se murmura?...

CLARISA

¿Qué se murmura, señora?

ISABELA

Que es una casta escultura
y que la llaman, por dura,
Diana la Cazadora,
pues, lo mismo que a la adusta
mitológica deidad,
le asusta el amor, y gusta
de la ballesta y la fusta,
del monte y la soledad...

Pero si a todos ganó
en cabalgar y cazar,
desde hoy la quiero ganar,
cazando en el parque, yo.

CLARISA

¿En el parque?... Si licencia
me dais...

ISABELA

¿Licencia?

CLARISA

... os diría
algo que acaso sería,
aunque prudente, imprudencia.

ISABELA

¿Qué?

CLARISA

Que también se murmura
vuestra aventura de ayer.

ISABELA

¿De ayer?... No acierto a entender
a qué llaman aventura.
Nada sé que sucediera.

CLARISA

¿Ni con el Marqués?

ISABELA

¡Ah, sí!
¿Con el Marqués de Magny?
¿Lo del susto y la escalera?
¿Era eso?

CLARISA

Justamente.

ISABELA

¡Cuánto reí! ¡Vaya un paso!...
¿Y cómo cuentan el caso?
¿Qué es lo que dice la gente?

CLARISA

Pues que estando encaramada
la Reina en una escalera,
cortando, de una espaldera,
un pitiminí, asustada,
al verse a tan gran altura,
temiendo que iba a caer,
comenzó a desfallecer
y a dar gritos de pavura...
En situación tan galana,
nadie había por allí
más que el Marqués de Magny,
mayordomo de semana.

El cual corrió a la escalera;
pero, cuando al pie llegó,
alzando la frente, vió
lo que ver jamás debiera...

ISABELA

¿Por qué no cerró los ojos?

CLARISA

Los cerró.

ISABELA

Buen tonto fué.
Yo, entonces, me desmayé,
y me tiré a unos matojos...

CLARISA

Mas él debajo se puso
para salvaros la vida,
y, en sus brazos recogida,
sin querer os descompuso
el corpiño de tisú;
y al despertar en sus brazos
estaban sueltos los lazos
con que atáis el canesú.

ISABELA

Así fué. Ni a él ni a mí
se nos culpe lo pasado.
Mas demos fin al tocado,
y acerca el espejo aquí.

(Clarisa *lo hace. En este momento entra*

por la lateral el Rey Luis I. *Al advertir su presencia, se retira* Clarisa, *con una inclinación, y la* Reina, *sorprendida, le sonríe.)*

LUIS

¿Os asustáis?...

ISABELA

Señor... Fué la sorpresa
de veros; y me pesa
que a mi marido le parezca susto
lo que, es más bien, por su visita, gusto.

(El Rey se sienta.)

Ya sé a lo que venís.

LUIS

¿Estáis segura?

ISABELA

Como el ave marina que pisó tierra firme.
La Farnesio os ha dicho... que vengáis a reñirme.

LUIS

Y que dejáis la misa y el sermón, empeñada
en sacar adelante una aventura
de caza. Lo que digo
¿es cierto?

ISABELA

Sí, lo es.

LUIS

¿Y si os obligo
a que la fiesta deis por aplazada?

ISABELA

La pataleta sufriré de suerte
que no quede, en La Granja, un vidrio sano.

LUIS

No os sofoquéis en vano;
espero que, si os da, no os dé tan fuerte.

ISABELA

¡Pues sí que me dará!

LUIS

Tendré paciencia.
Pero escuchadme bien. Soy vuestro esposo,
y además...

ISABELA

Sois el Rey.

LUIS

Y la prudencia.

ISABELA

(Aparte.)

¡Por desgracia!

LUIS

¿Decís?

ISABELA

Que, si os he de escuchar,
¿será por mucho rato?

LUIS

No lo será por mucho.

ISABELA

Pues podéis empezar,
que con paciencia escucho.

(Y se dispone a hacerlo; pero antes toma en brazos al tití, y todo el rato juguetea con él.)

LUIS

A no ser yo, Isabel, vuestro marido,
quizá, de buena gana,
me hubiera solazado y divertido
vuestra desenvoltura cortesana...
Y digo cortesana en el mejor sentido.

ISABELA

¡Ahorrad la aclaración; no me ha ofendido!

LUIS

Pero soy el marido, y con disgusto
lo he de juzgar.

ISABELA

Que lo juzguéis es justo,
y estáis en el derecho,
mi marido y señor,
de atravesarme el pecho
con un puñal.

LUIS

¡Horror!
Yo no soy un marido sanguinario y severo;
soy un hombre de honor y un caballero,
por lo cual sólo quiero,
y para eso he venido,
una vez más hablaros en el claro lenguaje
de la razón, y ver si, por fin, en la Corte,
vuestro noble linaje,
después que se reporte,
se sabe acomodar.

ISABELA

(Con burla.)

Estoy salvaje,
y no entiendo la voz de la razón,
que mi simplicidad no reconoce...
Si venís al sermón,
vuestra madrastra dijo es a las doce;
¡os ahorraré con gusto la lección!

LUIS

¡Pues la habéis de escuchar, Luisa Isabel!

ISABELA

¿Como Rey lo mandáis?

LUIS

¡Cual Rey lo mando!

ISABELA

(Ya se picó el doncel.
¡Me gusta más cuando se va picando!)

LUIS

(Nervioso, por el tití.)

¡Pero dejad tranquilo ese adefesio
de tan grosera fealdad!

ISABELA

¡Ya quisiera uno así su majestad
la casta y severísima Farnesio!

(Deja el tití; pero a los pocos segundos va a buscar el papagayo. El Rey *lo ve y finge no advertirlo.)*

Continuad...

LUIS

Decía
que mi Corte, en verdad, esposa mía,
es la más rigurosa y severa del mundo,
pues si la dió mi padre un tono más ligero,
aun conserva el espíritu de Felipe Segundo,

con su negra ropilla, pensativo y severo.
Y puesta frente a frente
de la de Luis Catorce, rica como un brocado,
el contraste es tan vivo como el de una esplendente
blanca estatua de mármol junto a un enlutado.
Vos sois Francia; yo, España,
y los dos tan distintos,
que, enlazados y juntos, cada uno se extraña,
perdidos en diversos laberintos.
Y por eso comprendo que no logréis hallaros,
y os mostréis insegura, sin saber qué conviene;
pero, por bien de todos, habéis de acomodaros,
en usos y costumbres, a los que España tiene.
Cometéis ciertas cosas incorrectas, que os debo
señalar.

ISABELA

¿Incorrectas? Cuáles sean decidme.

LUIS

Así lo haré, y oídme,
porque todas por orden de gravedad las llevo.
(Saca de su pecho y desdobla un papel.)

ISABELA

Mas ¿la habéis escrito?

LUIS

Justamente.
Y os traigo en una lista cada cuál anotada.

ISABELA

(Aparte.)

(Nunca vi cosa igual.)

LUIS

¿Decíais?

ISABELA

Nada;

que os pasáis de prudente.

¿También algún ministro la lista ha redactado?

LUIS

¡Dejad el papagayo, o no podré leer!

ISABELA

(Dejándolo de mala gana.)

Ya escucho... (¡Y he de ser

la esposa de un marido que me juzga al dictado!)

(Se sienta, dispuesta a escuchar, con gravedad cómica. A los pocos segundos, juguetea con el gato.)

LUIS

(Leyendo.)

"Se ha observado en la Reina, como conducta impropi

lo que en este indulgente pergamino se copia:

Salir de sus estancias con los pelos revueltos;

usar de muecas y modales desenvueltos;
hablar francés delante de todos en la mesa,
y burlarse de todos en su lengua francesa..."

(A Isabel, hablado:)

Lo cual, Reina Isabel, no es cortesía.

ISABELA

¿Mi propia lengua hablar? No lo sabía.

LUIS

(Leyendo.)

"Concebir disparates de sobra caprichosos,
como son internarse por los setos frondosos
a coger moras, o, de brazos remangada,
presidir la matanza y aclarar la colada.
Se ha observado también su absoluto desprecio
por toda la etiqueta. Así, con hablar recio,
interrumpe el discurso de los embajadores
y dice que le enojan. Si baja a coger flores,
ni el sitio la intimida ni el barrizal la estorba;
en el sitio regado se hunde hasta la corva,
y, por lograr un pétalo o el fruto de una rama,
se desgarra el vestido y al árbol se encarama.
Mismamente la víspera, subida a una escalera,
a no ser por Magny, la Reina se cayera."

(Dejando de leer.)

De esta aventura, habida ayer con el Marqués,
recordadme que hablemos, Isabela, después.

(Torna a leer.)

"Es también descuidada y, además, perezosa;
se muestra a sus criados en forma indecorosa,

y gasta libertades con ellos al cruzar;
los tuerce las pelucas, los hace rebuznar
y organiza festejos con damas y con pajes
en que cambian los sexos, invirtiendo los trajes;
y a veces, ella misma, se viste de trovero
y hace el amor, en broma, pero a un escudero."

(Dejando de leer.)

Todo esto, Isabel, es más que travesura.

ISABELA

¡Pasatiempo y humor!

LUIS

Yo lo juzgo locura.

(Lee.)

"En el comer importa que también se reporte."

ISABELA

¿También he de comer lo que quiera la Corte?

LUIS

"Devora con hartura..."

ISABELA

Porque tengo apetito.

LUIS

"Repite de los platos..."

ISABELA

Si me gustan, repito.

LUIS

"Y se chupa los dedos cuando un postre termina."

ISABELA

Lo que demuestra que tenéis buena cocina.

LUIS

"Come puerros y rábanos y hasta algún ajo crudo..."

ISABELA

Es verdad; pero eso no lo hago a menudo.

LUIS

"Y, en fin, ha pocos días que, por una ventana
del jardín, la cocina miró la Soberana,
e igual que ante un figón suplica un pordiosero,
pidió un aperitivo ligero al cocinero,
¡y se comió un pichón guisado en pepitoria
y un plato de tomate, pepino y zanahoria,
y por si aún fuera poco, no siguió su camino
sin beber de lo añejo un buen vaso de vino."

(Dejando de leer.)

Comprenderéis, esposa...

ISABELA

No prosigáis leyendo
lo que de sobra sé y de sobra comprendo.

(El Rey *dobla y se vuelve a guardar el papel.* Isabela, *haciendo transición, prosigue:)*

Está muy mal, Señor. Todo eso me pesa,
y os hago la promesa
de no volverlo a hacer, por no afligiros.
Pero también yo quisiera deciros
mis agravios. Si no llevo lista
es porque soy para todo imprevista:
tanto en las risas... como en los suspiros.
Aunque vi muchos príncipes en la Corte de Francia,
ninguno como vos, de tan sobria elegancia,
para besar la mano, para ceñir el guante;
sois el rey más apuesto y el más interesante.
Ved si soy generosa que, al contrario que vos,
os pongo por delante
la cualidad más alta que os otorgara Dios.
Pero no es poca ofensa saber que mi marido
se escapa por las noches, como cualquier perdido,
con sus mozos de cuadra, plebeyos y rufianes,
a correr aventuras con mozas de partido
y a embriagarse con ellos.

LUIS

Quien tal os ha contado será un entrometido
y embustero.

ISABELA

¿Embustero? ¿Diréis que me ha mentido?

¿Y lo que he visto yo, más de cuatro mañanas?
¿No saltáis a los huertos para coger manzanas?
¿No entráis en los corrales para robar gallinas?
¿No os he visto yo misma varear las encinas
y dejar que os manteen las mozas aldeanas?

LUIS

Diversiones honestas...

ISABELA

Pero muy poco finas.
¿Me negaréis también que, hace pocas mañanas,
os sorprendió la aurora subido en un tonel,
coronado de pámpanos y en ropas interiores?

LUIS

En sueños se cometen las locuras mayores,
y ya sabéis que soy sonámbulo, Isabel.

ISABELA

¿Sonámbulo?... Pues yo desde hoy, haré lo mismo.
Cuanto haga censurable, será sonambulismo.

LUIS

Como queráis. Soy hombre. Me aburro por las noches
y procuro buscarme recreos inocentes...

ISABELA

¿Persiguiendo los gatos, asaltando los coches,
alborotando y dando que decir a las gentes?

LUIS

Yo no he ofendido a nadie.

ISABELA

¡Me ofendisteis a mí
Que esos divertimientos, dignos de un mozalbete,
no van bien con un rey de la alcurnia y copete
que se estilan aquí.
Pero me importaría muy poco todo esto
si, por encima de ello, no hubiera algo más grave
que todo el mundo sabe,
y que es lo que me enrabia y de lo que protesto.
Pues si, al casar con vos, esposo mío,
una razón de Estado
nos obligó a servirnos mutuamente,
no hay razón a pensar que me ha obligado
a pasar más allá de lo prudente.
Sobrada burla es ya ser por todos sabido
cómo, la misma noche de nuestros esponsales,
me hicieron separar de mi marido,
y apartadas quedaron nuestras cámaras reales
sin protesta de vos, que, humildemente,
me besasteis, lo sé, pero en la frente.
Rey Luis: el menester más importante
en quien tiene mujer de carne y hueso,
es no tratarla igual que a una muñeca
con la cabeza hueca,
sin corazón ni seso.

LUIS

¿Os burláis, Isabel?

ISABELA

¡No, esposo amado!
¡Os acuso!

LUIS

¿De qué?... ¿Nada más de eso?

ISABELA

¿Nada más?... ¡Y os quedáis tan descansado!

(Aparte.)

Pero entonces, Señor, ¿de qué ha servido
haberme, sin rodeos, declarado?

(Con súbita y cómica idea.)

¿Si será que mi esposo haya nacido
como nunca le había sospechado?

LUIS

¿Tenéis más que decirme?

ISABELA

Yo nada... ¿Y vos?

LUIS

Tampoco

ISABELA

Pues acabemos ya, que tengo prisa.

LUIS

Y yo. Ya lo sabéis. Dentro de poco
tocará el esquilón llamando a misa.
Tengo en saber empeño vivo
que asistís a la misa y al sermón.

ISABELA

(Burlona.)

Pues pone en ello el Rey tal decisión,
grave será el castigo.

LUIS

¡Y decisivo!

(Dando unos pasos hacia la puerta.)

En la iglesia os espero; si no vais,
ya está lo que he de hacer determinado.

ISABELA

¡Sin besarme se va!...

LUIS

(Volviéndose.)

¿Qué murmuráis?

ISABELA

¡Que me esperéis allí; pero sentado!

LUIS

¿Pretenderéis burlaros todavía?

ISABELA

¿Quién sabe? Reina soy, mas soy humana
y sensible al amor y a la alegría.
¡Pensad que es vuestra culpa y no la mía
cuando os tengáis que arrepentir mañana!

(Sale el Rey *por el fondo; queda* Isabela *furiosa, indignada. Descarga su furia y mal humor en el mono, la gata y el loro. Los destroza. Luego, más calmada, con pronta resolución, se cuelga del cordón de una campanilla, agitándola; acude un* paje.)

Avisad al Montero Mayor
que baja la Reina;
a los ojeadores y los pajes
de escopeta
decidles que me aclamen y ovacionen
en cuanto me vean;
silben las fustas, chasquen las hebillas
de las correas;
corveteando, los caballos, hinquen
los hierros de sus patas en las piedras,
y salten chispas; las trompas combinen,
con gritos de oro, una tormenta
de llamas; los perros
despedacen el aire, y, en todas partes, sea
tan infernal el ruido, al iniciarse
la cacería de la joven Reina;
que no quede en La Granja quien lo ignore,
ni en el altar los Santos de madera,
ni, en su cámara, el Rey,
por más santo y más leño que sea!
... ¿ya no os vais?...

PAJE

El Marqués de Magny
me vió, al pasar, y pide audiencia...

ISABELA

¿El Marqués?... ¿No ha de verme
durante la batida?

PAJE

En la antesala espera.

(Isabela *duda unos segundos; luego se decide:)*

ISABELA

Pues decidle que pase.

(El paje *vuelve a salir; pasan unos momentos.* Isabela *permanece pensativa y recelosa.)*

¡Es raro!... Andan en esto
los huesos de la mano de mi suegra.

(Aparece el Marqués de Magny, *viejo compuesto, pulido, verde, pero no repulsivo.)*

MAGNY

(Inclinándose.)

Reina...

ISABELA

Estáis demudado, Marqués... ¿Qué ocurre?

MAGNY

(Fanfarrón, ingènuo.)

Nada;
que os devuelvo mis llaves de gentilhombre y que esto
me ha de costar la vida como una cuchillada;
no os extrañéis, más tarde, de no verme en el puesto.

ISABELA

¿Renunciáis a salir conmigo a la batida?

MAGNY

Yo no; pero me obligan a renunciar.

ISABELA

¿También
contra mí, vos que sois francés?

MAGNY

Con alma y vida
yo os serviría, pero no lo tolera...

ISABELA

¿Quién?

MAGNY

Quien puede. El Rey, celoso, como buen español,
de un Magny que dió celos, en su Corte, al Rey-Sol.

ISABELA

¿Vos, en Versalles, hombre capaz de inspirar celos?
Pues fueron quisquillosos de verdad mis abuelos.
¿No decían, o yo lo he soñado, Marqués,
que vuestra esposa, la Marquesa, os dominaba,
que os cosía a sus faldas, que os tenía a sus pies
y que, cuando reñíais, era ella quien pegaba?

MAGNY

¡Calumnias que inventaron más de cuatro maridos
para vengar sus daños,
creyéndose ofendidos!
Además, la Marquesa ya ha muerto, hace diez años.

ISABELA

Comprendo. Y, ella muerta, vos sentís
que renueva su curso la savia, contenida
tanto tiempo, y pensáis, si os da ocasión la vida,
vengaros, en España, del hambre de París?

MAGNY

¡Sí, Majestad!

ISABELA

¡Me alegro!

MAGNY

¿Vos? ¿Por qué?

ISABELA

Porque yo
necesito de un hombre decidido,
audaz, dispuesto a todo, que no tema a un marido,
y ese hombre seréis vos.

MAGNY

(Receloso.)
¿Qué?...

ISABELA

¿Vaciláis?

MAGNY

Yo no.
Pero así, de repente, no creí... La verdad,
soy modesto; no veo por qué Su Majestad
me habrá honrado escogiéndome...

ISABELA

Porque alguno ha de ser;
porque a vos os conozco, porque una lengua hablamos
y además...
(Grave, como acusando a Magny.)
Además, porque los dos estamos
en entredicho a causa del percance de ayer.

MAGNY

¿Pero quién lo ha sabido? Yo a nadie he dicho nada.

ISABELA

Mal hecho: ello no fué cosa premeditada;
si el azar lo dispuso, ¿por qué se ha de esconder?
Pero, aunque involuntario, por lo visto, mi esposo
está, del lance en el jardín, celoso;
y cuando, desde ayer, otro afán no tenía
que vengarse de vos, furioso y ciego,
mi suegra, la Farnesio, le añade leña al fuego,
contándole, a su modo, lo de la cacería.

MAGNY

¡Justo!

ISABELA

¡Justo; y los celos de Luis se han desatado
contra vos.

MAGNY

A Segovia me manda desterrado.

ISABELA

¿Veis?... Pues probablemente no para aquí el suceso.
Ya en escena los celos, no extrañaré que brote
de ellos una catástrofe y que, además de preso,
si las hablillas siguen os mande dar garrote.
¡Todo va viento en popa!

MAGNY

¿Cómo, señora?

ISABELA

Digo para mí; yo prescindo de vuestro caso ahora.

MAGNY

Mi caso es, para mí, lo principal, señora.

ISABELA

¿Pero vois sembráis vientos y queréis coger trigo?

(El Marqués *hace un gesto resignado; pero no las tiene todas consigo.* Isabela *llama, en voz alta, desde la lateral.)*

¡Algarina!

MAGNY

(Empezando a marcharse.)

¿Me escondo?...

ISABELA

(Reteniéndole.)

¡Quedaos!

(Vuelve a llamar.)

¡Algarina!

(Aparece Algarina, *solícita, en la lateral.)*

ALGARINA

¡Majestad!...

ISABELA

Necesito que mis suegros y el Rey sepan, por ti, ahora mismo, que, usando de la ley de indultos, indultamos al Marqués de Magny de prisión y destierro; que saldremos de aquí Nos y el Marqués al punto para la cacería proyectada; que soy la Reina todavía; mis antojos, edictos; el Marqués, mi montero; que no me vi con ánimos de suspender la fiesta; que esto quiero, y que, a mí, cuando quiero, me cuesta renunciar, por la fuerza, a lo que quiero!

ALGARINA

¿Nada más?

ISABELA

Nada más.

MAGNY

(Creo que basta y sobra para darme garrote.)

(Algarina *sale;* Isabela *se dirige al* Marqués, *diciéndole, resuelta:)*

ISABELA

¡Ahora, a ponerlo en obra!

MAGNY

(No muy decidido.)

¿Pero insistís?

ISABELA

¿No oísteis que ésa es mi voluntad?
Siempre tuve por norma de hacer lo que me plugo.

MAGNY

(Tímido.)
Pero...

ISABELA

(Cortante.)
¿Decíais algo?

MAGNY

Ya nada, en realidad;
como no sea que le habléis por mí al verdugo.

ISABELA

(Sonriéndole, compadecida.)
Obedeced mis órdenes, y respondo de todo.

MAGNY

(¡Me asusta una pasión que empieza de este modo!
No creía, a mis años, triunfar de tal manera...)

ISABELA

(¿Está celoso el Rey?... Atizaré la hoguera.)
(Dirigiéndose a Magny *y tendiéndole gentilmente la mano.)*
Marqués, la mano...

MAGNY

Yo...

ISABELA

(Obligándole.)

¡Vos, sí!... Firme el talante,
resuelta la actitud... Debierais evocar
el idilio de ayer...

MAGNY

¡No me quiero acordar!...

ISABELA

¡Miradme!... Más pasión al mirarme... ¡Adelante!

(Van a salir; aparece en el foro derecha la Altamira, *seguida de damas y soldados.)*

ALTAMIRA

(Extendiendo el brazo para detenerlos.)

¡De orden del Rey!...

(Isabela *y* Magny *retroceden.)*

ISABELA

¿Qué es ello?

ALTAMIRA

(Rigurosa, entonada.)

El Rey dispone
que salgáis, en el acto, de La Granja:

os llevan a Madrid, al Buen Retiro,
y en una de sus torres, encerrada,
debéis permanecer, hasta que quiera
el Rey volveros a su gracia
y a la perdida libertad.

ISABELA

¿De modo
que prenden a la Reina?

ALTAMIRA

¡El Rey lo manda!

ISABELA

(Estallando, patética, y al mismo tiempo, infantil.)

¡El Rey lo manda!... ¿Para encarcelarme
me trajeron al trono de España?
Las rosas de Fuenterrabía,
aquel día de sol, cuando pisé la granja,
primera, de tierra española,
¿estas espinas me guardaban?...
Y en aquella tienda de púrpura,
amapola volcada
en la Isla de los Faisanes,
las alabardas,
¿venían ya en busca de la prisionera,
cuando rayaron el aire de plata?
¡Protégeme, Altamira! ¡Y tú, sal pronto,
Marqués, criado de mi casa!
¡Di en París lo que ha sido, en esta Corte,
de una hija de París infortunada!

¡Ve..., mueve el pecho, encrespa las iras
de los míos, levanta
el corazón del Sena!..., ¡y muestren,
amenazando a la Corte de España,
mi padre, el Duque, su gran puño; y todos
sus mariscales, Francia!

MAGNY

¡Al de Tessé recurriré, Señora,
en el Palacio de nuestra Embajada
de Madrid!... (Así logro,
saliendo antes con antes de La Granja,
conservar la pelleja.)

ISABELA

(Mientras Magny *le besa la mano.)*
¡Pronto!

(Magny *va a salir por el fondo izquierda. Aparecen en la puerta el* Marqués de Santa Cruz y soldados.)

SANTA CRUZ

(Como antes la Altamira.)
¡De orden del Rey!
Ponga en mi mano el de Magny su espada.
Una carroza en el jardín espera
que de Segovia os llevará al Alcázar.

MAGNY

(Retrocediendo.)

¿Mi espada he de entregar?...

SANTA CRUZ

A la Justicia.

MAGNY

¿A los nobles prendéis?

SANTA CRUZ

¡El Rey lo manda!

LUIS

(Abriéndose paso bruscamente y entrando.)

Y el Rey espera ser obedecido.

(Un gran silencio. Vienen, con Luis, *los viejos* Reyes *y séquito.)*

¡Llevaos pronto al preso!...

(A Magny.)

Todavía

tenéis que darme gracias; he podido
mandaros condenar en rebeldía.

(Salen Santa Cruz, soldados *y* Magny.— Luis *dice a* Isabela:)

Cuanto a vos, Reina...

ISABELA

Me prendéis...

LUIS

Os prendo.

ISABELA

¡Y no hice daño a nadie!...

LUIS

Así lo entiendo;
pero os le hacéis a vos, y de manera,
que si hoy no os atajara, tarde fuera;
no habéis, pues, de culparme si, esto haciendo,
a la Orleáns de la Orleáns defiendo.

ISABELA

¿Yo culparos a vos?... ¿Habría ejemplo
de mayor desentono?
¡Culpar a un Rey que si no ocupa el trono
es porque casi, casi está en un templo!
Otro hubo, santo, en Francia, aunque no tanto
como vos, y era un Rey de vuestro nombre;
por eso yo creía casarme con un hombre;
¡ya había muerto en Francia Luis el Santo!

(Luis *calla, mordiéndose los labios;* Isabela *se acerca a su suegro, que la oye conmovido.)*

A vos no os digo adiós... Estoy segura
de que vendréis a verme en la prisión...
No os conmováis, señor... Ya veis que en mi amarg
para no daros pena, yo escondo mi aflicción...

(Al apartarse de Felipe *tropieza con la fría mirada de la* Farnesio; *se detiene.)*

Desde hoy vuelve a tener sólo una Reina España;
de enhorabuena estáis, y yo os la doy, señora...

Dejo a vuestros cuidados mi gatita de Angora;
pero... no la tratéis como a mí... porque araña.

(La Farnesio *va a contestar.)*

Ya me marcho. Si un día vuestro enojo causé
con mi excesiva libertad francesa,
bien lo pago... Ya veis que se me llevan presa...

(Apartándose y saludando.)

Pero al sermón no voy; ya os lo anuncié.

LUIS

(Para que la Farnesio *no hable.)*

Vayan con ella y cuídenla dueñas y camareras;
pero entiendan que todas vivirán prisioneras,
esperando mis órdenes...

ISABELA

(Conmovida, acercándose a Luis.)

Agradezco el favor;
todo lo mío es ruin, pero le tengo amor...
No obstante... hay algo mío, algo tan mío,
que a todas partes suele acompañarme,
y que no quiero a mi prisión llevarme
porque no muera en mi prisión de frío...
¡Mi risa!... ¿No la quieres?... Yo tampoco,
porque no ha de extinguirse, encarcelada, a solas...
¡No, no!... Tú, con tus manos españolas,
tendrás que irla matando poco a poco...
Ya la echarás de menos un día, cuando enfríe
toda tu sangre la razón del viejo...

¡Mi risa!... ¡En ti se clave!... ¡Aquí la dejo!...
¡No llores, corazón!... ¡No!... ¡Ríe!... ¡Ríe!...

(Quebraba su voz un sollozo; lo doma y contiene; ríe al salir; el Rey *se abraza a su padre; los demás, conmovidos, callan.)*

TELON

ROSA DE FRANCIA

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Camarín en el Palacio del Buen Retiro, donde está presa la *Reina Isabela.* Al foro, una puerta de acceso a su alcoba, con mirilla de reja y postiguillo practicables. A la izquierda del foro, en ochava, gran balcón de balaustrada y vidrieras, practicable, que da a los jardines. A la derecha del foro, la puerta principal, de acceso a las habitaciones de Palacio. Otra puerta a la derecha, primer término, que corresponde a la cámara de *Doña Altamira.*

Es de noche. Al abrirse la puerta del foro ha de verse el lecho de la *Reina.*

(Al levantarse el telón están en escena Isabela, Algarina, Clarisa *y* Rosalba, *afanadas en dar las últimas puntadas a una muñeca de trapo, de gran semejanza y al mismo tamaño que la propia* Isabela, *mientras aparte y acomodada en un gran sillón* Doña Altamira *cabecea pasando las cuentas de un rosario. Es de noche y la ventana del jardín está abierta.)*

ALGARINA

(Acabando de prender unos rizos de seda en la cabeza de la muñeca.)

¡Y aún hay quien dice que son sabios
los poetas, y en pintar diestros...!

(Contemplando el rostro de la muñeca.)

Bordé con rubíes sus labios,
pero no recuerdan los vuestros.

ISABELA

(Que está concluyendo uno de los brazos.)

Veamos.

ALGARINA

No; dejad que acabe.

ROSALBA

El rostro es lindo.

CLARISA

Más no cabe.

ALGARINA

(Presentando a la Reina *el rostro de la muñeca.)*

¿Se os parece?

ISABELA

¡Sí!... Pero, no:
la muñeca es mucho más grave,
mucho menos muñeca que yo.

ALGARINA

(A Doña Altamira.)

Doña Altamira, el pleito, ahora,
a vos os toca decidir:

(Le muestra la muñeca.)

¿no la encontráis tan seductora
que la podríais confundir
con la Reina, nuestra señora?

ALTAMIRA

(Seca y amonestando.)

Me parece mentira, Algarina,
a vuestra edad, que no os dé empacho

jugar, como una chiquitina,
con semejante mamarracho
de serrín y de crinolina!

CLARISA

(Ofendida.)

¡Por Dios!

ALGARINA

(Idem.)

¿Mamarracho, decís?

ISABELA

No veis nada, a estas horas; dormís.

ALGARINA

¡Allegadle las anteojeras!

(Ríen todas.)

ALTAMIRA

¿Y queréis que se apiade el Rey Luis
de tan gozosas prisioneras?

ISABELA

¡Nos reímos del Rey!

ALTAMIRA

(Escandalizada.)

¿Os reís?

ISABELA

Sí; y jugamos a las costureras
del barrio del Temple, en París.

ROSALBA

(A Algarina.)

En el pelo habéis hecho un derroche
de rizos.

ALGARINA

Después, los sujeta
el gorrito de tul con que aprieta
su tocado la Reina, de noche.

CLARISA

(Que se levanta para ver, de lejos, el efecto.)

Desde lejos, el Rey mi señor
se engañara.

ROSALBA

(Idem.)

¡Es la Reina!

CLARISA

¡Es la Reina!

ALGARINA

Con peinarla como ella se peina,
no cabrá parecido mayor.

(Burlona, a la Altamira, *que vuelve a rezar.)*

¡No neguéis la evidencia, Altamira!
¿Que es igual que la Reina no veis?

ALTAMIRA

¡Nada veo!

ROSALBA

Es de sueño.

ALTAMIRA

¡Es de ira!

CLARISA

¿O de envidia?

ALTAMIRA

¡Parece mentira!
¡Ser quien sois, para hacer lo que hacéis!

CLARISA

(Atajándola.)

¡Poco a poco!

ISABELA

(Dándole un codazo, y en voz baja.)
¡Déjala estar!

CLARISA

(Ingenua, gozosa.)
Me divierte oírla gritar;
enrojece de escándalo y susto.

ISABELA

Pero, en cambio, si la haces hablar,
será el cuento de nunca acabar.
No mirarla, siquiera; eso es, justo,
lo que hará que se vaya a acostar:
estas máquinas de rabiar,
mientras rabian, están tan a gusto.

(Las damas comprenden y obedecen la advertencia de la Reina. *Se hace un silencio absoluto y ellas van acabando de armar la muñeca. Suena lejano el reloj, dando unas horas.)*

CLARISA

Las nueve.

ALGARINA

Las nueve.

ISABELA

Las nueve.

CLARISA

¿Rezaremos?

ISABELA

Cosiendo, a la vez;
no dejéis el trabajo, que debe
quedar listo, esta noche, a las diez.

CLARISA

(Se santigua y empieza la oración en voz alta.)

¡Dios te salve!...

ISABELA

(Atajándola.)

En voz baja.

CLARISA

(A las demás.)

En voz baja.

ISABELA

(A Rosalba.)

Tú trabaja.

ROSALBA

Acabé mi tarea.

ISABELA

Ven aquí.

(Se reunen todas, y con imperdibles y alfileres van pegando al tronco de la muñeca los miembros que han ido fabricando.)

Tú, Algarina, trabaja.

(Otra pausa. Doña Altamira, *en un rincón, sin que la inquieten, se ha dormido. La* Reina, *que la tiene a sus espaldas, pregunta:)*

¿Qué hace Doña Rigor?

ALGARINA

(Que en el corro quedó frente a Altamira *y puede verla sin dificultad.)*

Cabecea.

ISABELA

(Gozosa.)

¿Se ha dormido?

ALGARINA

Y como una marea
con la luna, ahora sube, ahora baja,
ahora crece, ahora estalla...

ISABELA

¡Así sea!

(Todas ríen. La dueña despierta con susto.)

ALGARINA

Se levanta... Bosteza...

ISABELA

¿Se va?

ALGARINA

No. ¡Se acerca!

(Las damitas vuelven la cabeza para ver a la camarera mayor.)

ISABELA

(A las damas.)

Callaos ahora.

ALTAMIRA

Si licencia la Reina me da
yo me iré.

ISABELA

Retiraos, señora;
y en vuestras súplicas postreras,
al acostaros, procurad
que otorgue Dios la libertad
a estas humildes prisioneras.

ALTAMIRA

¿No os recogéis todavía?

ALGARINA

Tenemos
mucho que hacer; y velaremos
como velan las costureras.
La noche, apacible y serena,
convida a velar.

ALTAMIRA

Sin embargo,
yo cierro el balcón...

ISABELA

No os deis pena.
Cerraremos nosotras: sed buena.

ALTAMIRA

(Al retirarse.)

¡Pues a ver si me cuesta el cargo!...

(Vase Altamira *por la lateral del prime término derecha. Todas vuelven la cabeza p ra cerciorarse de que se ha ido, y* Algarin *además, se levanta.)*

ISABELA

¡No os mováis, Algarina, esperad!

ALGARINA

(Volviendo a sentarse.)

Con la venia de Su Majestad,

iba a ver si se recogía
la dueña, o fingía
dormir, para espiarnos con toda libertad.

ISABELA

Dormirá.

CLARISA

Ya dormía
cuando se fué de aquí.

ALGARINA

Pero sus dudas tenía.

ISABELA

Doña Altamira no se fía
ni de vosotras ni de mí.

CLARISA

¿El bonetillo de encaje
de la Reina?...

ISABELA

En mi cuarto; debajo
de la almohada; traedlo...
(Clarisa *se dispone a levantarse.)*

ROSALBA

El trabajo
toca a su fin.

ALGARINA

Y el traje
será lo más sencillo:
una túnica lisa
de lencería.

ISABELA

Mi propia camisa
que está junto al bonetillo.
Tráela también, Clarisa.

(Clarisa, *asintiendo, penetra en el aposent[o] de la prisionera, que es la camareta del foro.)*

Tú, Algarina, ve a ver si está
en su lecho Doña Altamira.
Saca la llave, mira
y dinos.

(Algarina *obedece puntualmente, observando, por el ojo de la cerradura, lo que ocurr[e] en el cuarto de la dueña.)*

ALGARINA

Se ha dormido. Ronca ya.

ISABELA

Se ha dormido y ronca: de modo
que la asorda su propia tormenta.
Algarina, acércate, cuenta,
y sepamos cómo va todo.

ALGARINA

(Sentándose otra vez.)

Pues va todo a pedir de boca.

ISABELA

Veamos.

(A Clarisa, *que vuelve con las dos leves y finas prendas que fué a buscar.)*

Siéntate, Clarisa.

CLARISA

Os traía vuestra camisa.

ISABELA

Dame. Escucha a Algarina.

CLARISA

Y la toca.

(Se han sentado todas y oyen, embobadas, las explicaciones de Algarina.)

ALGARINA

Hace días... Una mañana,
asomándome, para ver
desde el balcón las nubes correr
a merced de la brisa temprana,
vi que, al pie del balcón, fingía
acechar los gorriones un hombre
que me saludó por mi nombre

y al que yo no desconocía.
Era uno que el Rey, mi señor,
a Segovia mandó desterrado
y que había más tarde indultado
por manejos de su Embajador.

ISABELA

El Marqués de Magny.

ALGARINA

Me llamó:
"¡Algarina!" "¡Señor de Magny!"...
Por la Reina me preguntó;
quiso verla; apremió; negué yo;
me instó más, y, a la postre, cedí.
De su parte a la Soberana
llamé; negóse Isabel;
y yo, desde la ventana,
di al Marqués la respuesta cruel.

(Una pausa: trata de recordar.)

No hubo más, aquella mañana.

ISABELA

No hubo más: la memoria te es fiel.

ALGARINA

Pero, al día siguiente... Sentada
yo estaba aquí mismo... No... Sí...

ISABELA

Como sigas contándolo así

no tendremos tiempo de nada.
Yo lo cuento. Al siguiente día,
Algarina, que me peinaba,
por el balcón vió que entraba
disparado un papel, que volaba
y a mis plantas caía.
Pareciónos prodigio. El papel
decía: "A la Reina Isabel."
Yo lo abrí, no sin miedo; y, en fin,
la explicación era bien llana:
lanzó el papel, desde el jardín,
el Marqués con su cervatana.

ROSALBA

¿De manera que los gorriones
que acechaba el Matusalén,
por lo visto...?

ISABELA

Eran corazones
femeninos; el mío, también.
Porque el necio presuntuoso
en el torpe billete me hablaba
de yo no sé qué amor fogoso
con que el mío ardoroso pagaba;
y añadía:
"¡Más que nunca os adoro, alma mía!"

CLARISA

(Escandalizada.)

¡Qué blasfemia! ¡No, no sigáis!

ROSALBA

¿Por qué no ha de seguir? ¡Adelante!
Las de España no sé en qué pensáis
que siempre os desazonáis
cuando empieza lo interesante.
...Continúa.

ISABELA

He acabado: al final
me pedía una cita de amor.

ROSALBA

Pues, para final, no está mal.

ISABELA

Y hoy estará mucho mejor.

CLARISA

(Asustada.)
¿Qué hicisteis, señora?

ISABELA

Citarle.

CLARISA

¡No es posible!

ISABELA

Halagar su esperanza.
Mi propósito es escarmentarle;

pero, al mismo tiempo, sacarle
algún provecho a mi venganza.

CLARISA

(Horrorizada.)

¿Le habéis citado?

ISABELA

Justamente;
y esta noche es la cita: a las diez.

CLARISA

(Idem.)

Pero él... ¿vendrá?

ISABELA

¡Seguramente!
Habla, Algarina; ahora es tu vez:
¿qué responde el adolescente?

ALGARINA

A la carta que yo le arrojé,
de vuestro puño y letra escrita,
corresponde con ésta, en la que
se obliga a acudir a la cita.

(Muestra un papel que saca del corpiño.)

ISABELA

¿Yo le hablaba de escala?

ALGARINA

Sí, a fe;
y en su carta el Marqués lo acredita.
¿Os la leo?

CLARISA

¡Jamás!

ISABELA

¿Por qué no?
No creo al Marqués tan vehemente
que podamos, de lo que escribió,
asustarnos vosotras, ni yo,
ni la niña más inocente.

ALGARINA

No, señora; el papel es correcto,
pero rotundo; por lo mismo,
no deja de hacer cierto efecto
su laconismo.

ROSALBA

¡Leedlo pronto!

ALGARINA

Hacia el final.
está, en mi opinión,
lo que causa mayor emoción:

óiganlo, y diga cada cual
si tengo o no tengo razón.

(Desdobla el papel y lentamente lee.)

"...dejad abierto el ventanal
"y acudid esta noche al balcón
"después de la queda;
"para asirla del barandal
"por los dos garfios de metal,
"llevaré mi escala de seda...!"

(Una pausa.)

CLARISA

¡Sí, impresiona!

ROSALBA

¡Impresiona!

ISABELA

¡La escala
de seda!...

ROSALBA

¡La dulce pendiente
del pecado!

ISABELA

¡La punta del ala
de lo prohibido, que roza la frente!...

CLARISA

(Reaccionando, a Isabela.)
Pero es imposible que vos
a locura tan manifiesta
queráis prestaros.

ISABELA

No, por Dios;
yo tengo una idea, que es ésta...

(Todas se disponen a oír de nuevo; pero Algarina, *puesta en pie, ataja a la* Reina.)

ALGARINA

Las diez estarán al sonar,
señora, y para contar
lo que aún queda del cuento
sería mejor entrar
en vuestro aposento.
No olvidéis que lo más importante
del plan, allí se ha de hacer,
y, para ello, no es menester
que yo esté delante.

ISABELA

(Levantándose también.)
Tienes razón.

ALGARINA

Yo sigo aquí,
si os parece, para vigilar

y ayudarle a colgar
la escala a Magny.
Como las dos hemos urdido
la jugarreta, inútil fuera
que en oiros me entretuviera.

ISABELA

Pues vamos adentro.

(Todas se han puesto en pie, disponiéndose a entrar en la cámara de la Reina.)

Y tú extrema
la prudencia con el Marqués.

(Abrieron Rosalba *y* Clarisa *la puerta del foro, y por ella se ve claramente el lecho de la* Reina. Isabela *toma en brazos la muñeca, que sus damitas dejaban olvidada sobre un mueble.)*

¡No os dejéis la muñeca, que es
lo mejor de la estratagema!...

(Entra con sus damas en el cuarto. La escena queda a obscuras, pues Rosalba *y* Clarisa, *al irse, se llevan cada uno de los dos candelabros que iluminaban la escena. Vuelven a cerrar la puerta. Queda por claro muy visible, en la puerta, una mirilla con su rejita en cruz. Apenas se ha cerrado la puerta,* Isabela, *desde la mirilla, vuelve a hablar con* Algarina.)

Valor, Algarina. Y aun cuando
parezca el Marqués vacilar

un momento, y le veas dudar
el peligro considerando,
tú sigue adelante, y no tengas
piedad! No olvides que vengas
a tu Reina, burla, burlando.
El momento se acerca.

(Algarina *ha estado oyéndolo, y al mismo tiempo va y viene de la puerta al balcón, que está abierto de par en par, y del balcón a la puerta.)*

ALGARINA

¡Ya brilla
la luna en el cielo desierto!
¡Retiraos!

ISABELA

¡Adiós!... Dejo abierto
el postigo de la mirilla
y la luz encendida, de modo
que, aunque el centinela aceche,
tan conforme lo vea todo
que en toda la noche sospeche.

(Va a marcharse; suena, lejano y tenuísimo, un toque de clarines en el cuerpo de guardia de Palacio. Algarina, *sobrecogida, exclama:)*

ALGARINA

¡No os vayáis!... ¡La queda!... Esperad;
tengo miedo... ¿Su Majestad
se arrepiente?

ISABELA

No me arrepiento
ni flaquea mi voluntad.
¡Una noche de libertad
vale un alba de remordimiento!

(Desapareció del ventanillo. Al quedar sola Algarina, *cree oír un ruido al pie del balcón. Se sobresalta, da unos pasos y exclama:)*

ALGARINA

¡Ya está!... ¡Puntualmente
acude a la cita el galán!

(Se lleva las manos al corazón; se asoma; observa la obscuridad, y como hablando con alguien de fuera, prosigue:)

¿Sois vos?

(Pausa.)

¿No os vieron?

(Idem.)

Sí; pendiente
de vos está el regio afán!...

(Para sí.)

¡Y la vida de su confidente!

(Un choque metálico: Los garfios de la escala de seda dan contra el barandal de mármol. Algarina *los recoge y los sujeta.)*

¡Los garfios de la escala!

(Pausa. Otra vez al de fuera.)

No temáis. Están
asegurados fuertemente.

(Para sí.)

Y ahora, Dios mío, ¡apiadaos de mí!

(Otra pausa; observa y prosigue:)

Ya no hay remedio... Sube... Dejó atrás la cornisa
del primer piso... A la repisa
del balcón va a llegar... Llegó... ¡Está aquí!

(Aparece, efectivamente, la figura del Marqués de Magny, *embozado y con espada. Salta por la barandilla, penetra en la estancia y se desemboza diciendo:)*

MAGNY

¡Reina y señora!

(No ve a nadie; mira a todas partes y pregunta a Algarina, *que le ha seguido:)*

¿Dónde está?

ALGARINA

(Fingiendo en toda la escena.)

¿Queréis
que en la antecámara aguardara
para que todos os vieran, y para
pagar, muriendo, el riesgo que corréis?

MAGNY

(Esponjándose.)

Pero ¿me espera?

ALGARINA

Y os espera
quien os quiere, de tal manera
decidida a recompensaros,
que la orden que tengo es llevaros
hasta la misma cabecera
de su lecho.

MAGNY

(Sin casi dar crédito.)

¿Es posible?

ALGARINA

(Tendiéndole la mano y tirando de él, con cierta dificultad y lentitud, hacia la cámara de Doña Altamira.)

Marqués,
dadme la mano, y a través
de las sombras, dejad que os guíe
a los pies de quien ya sonríe,
pensando que estáis a sus pies.

MAGNY

(Muerto de miedo, resistiéndose a su pesar.)

Yo supongo que, al combinar

nuestra aventura de este modo,
lo habréis tenido en cuenta todo;
que nadie nos podrá turbar
y que, segura de asechanzas,
está la cámara real.

ALGARINA

¡Vais a amar entre un matorral
de picas, ballestas y lanzas!

MAGNY

(Con sudores de muerte.)

¡Dios mío!

ALGARINA

(Haciéndole dar otro paso.)

Un consejo, señor:
aunque el mucho cariño os inflame,
cuando estéis a su lado, es mejor
que, poniéndole freno al amor,
ni aun la habléis; esperad que ella os llame.
Como, en esta mazmorra cruel,
en amargas esponjas de hiel
las horas se la convierten,
cuando cae en su lecho rendida
si, a veces, se queda dormida,
no gusta de que la despierten.

(Intentando hacerle avanzar otro poco.

Seguidme. Parece que os cuesta
dar un paso.

(Tira violentamente de él.)

MAGNY

¡No!... ¡No!... ¡Es... la emoción!
¡Algarina!

(Puesta su mano en el picaporte de la puerta de Doña Altamira.)

ALGARINA

Su cámara es ésta;
preparad vuestro corazón.
Ni tan cuerdo os mostréis, ni tan loco,
que paséis de la justa medida.

(Entreabriendo la puerta.)

Abro... Entrad.

MAGNY

Esperad.

ALGARINA

(Forzándole.)

¡No; en seguida!

MAGNY

(Con una última esperanza.)

¿Duerme?

ALGARINA

(Escuchando; inefable.)

Sí... Y, además, ronca un poco.

¡Es un ángel! Para no asustarla,
por mucho que el alma os reclame...

MAGNY

¡No temáis! ¡No he de hablar, ni mirarla!

ALGARINA

(Rápida.)

¡Haréis bien! Esperad que ella os llame.

(Le empuja y le obliga a penetrar en la cámara de la dueña, cerrando la puerta sobre sus espaldas, con violencia.)

Le doy vuelta a la llave, que gira
casi sin ruido...

(Lo hace.)

¡y quedáis presos!
¡Siglo y medio de amor, Altamira!
¡Un museo de besos!

(Imitando la actitud y el tono de la dueña.)

Altamira... ¡Parece mentira!

(Se va entreabriendo la puerta del cuarto de la Reina, *que aparece ante el pelotón de sus doncellas, ataviadas, todas, para la calle.)*

ISABELA

(A Algarina.)

¿Ya está?

ALGARINA

(Volviéndose.)

¡Ya está!

ISABELA

(A sus damas.)

Con precaución,
id saliendo todas... ¡Despacio!

(Lo hacen las damas poquito a poco. Se ve, al salir ellas, en el lecho de la Reina, *acostada, la muñequita que fabricaron, con todo el aspecto de una mujer dormida.)*

Y ya que nuestra prisión
tiene abierto el camino al espacio,
¡desbórdense por el balcón
todas las rosas de Palacio!
De la escala de seda, al bajar,
temblando en los débiles tramos,
como campánulas, vamos
casi, casi, a volar!...
Y, entretanto, si la cautela
del más experto centinela
por la mirilla intenta ver,
verá, como siempre, anegada
en los encajes de la almohada,
dibujarse la forma ensoñada
de mi cabeza de mujer.
¡Mirad!

(Aunque están en primer término, miran todas hacia la alcoba luminosa.)

¡Menos luces!

(Algarina, *que entró para buscar su tocado de calle, apaga algunos candelabros: oscuridad que sólo altera el foco de luz de un único candelabro, cayendo, en proyección, sobre la cabeza de la muñeca.)*

¡Así!

(A sus damas.)

¿No es la propia Luisa Isabela?

(Todas las damas asienten con el gesto y los ojos; la Reina *se aparta un poco y dice, como hablando con la muñeca:)*

Mientras yo esté lejos de aquí,
dormidita, vela por mí,
muñeca de seda y de tela.
Tus ricitos, color de paja,
casi igual que los míos son,
y me llevas una ventaja:
que tu cuerpo no es la mortaja
de un desdeñado corazón.
Como nada sientes, perfectas
son tu calma y serenidad;
y, pues nada quieres, afectas
unas maneras tan correctas
como cumple a Su Majestad.
Si, en lugar de yo misma, en París
hubieras salido tú, al paso
de los nobles de España, acaso
más que a mí, te quisiera el Rey Luis,
muñequita de tela y de raso.

Porque en tu alma, hueca y vacía,
no hay voluntades ni deseos,
y tu amor no le arrancaría
ni, de día, a su hipocresía,
ni, de noche, a sus devaneos.
¡Duerme bien, gentil muñequita,
mientras yo voy lejos de aquí!
y si el Rey se te acerca, haz por mí;
que, pues nada hallará vivo en ti,
tienes todo lo que él necesita.
Lo que siento, muñeca, es que ayer
no existías, y no
te pude, en el trono, poner.
¡Tú serías la Reina..., y yo
seguiría siendo mujer!

(Casi llora; y con un poquito de espuma, que es casi un pañuelo, enjuga una perla, que casi parece una lágrima. Luego, con un esfuerzo, haciendo transición, añade:)

¡Aún es tiempo de serlo!

(A sus damitas.)

¡Los ruidos
de la noche nos llaman! ¡Vamos,
que ya tiemblan, estremecidos,
de la escala de seda los tramos,
al compás de nuestros latidos!

(Algarina, *que ha entrado una última vez en la alcoba, para salir al punto con una linda canastilla que casi parece un nido, cierra la puerta, dejando siempre abierto el postigo de*

la mirilla, cuyo cuadro de luz se recorta en la sombra.)

Nos esperan la libertad
de la vida y las horas fugaces
de su alegría y su verdad:
por si alguien nos viera, llevad
en el rostro los antifaces.

(Todas las damitas se colocan un diminuto antifaz.)

Pasad... y alzad, de una en una,
el pie, ligero como un ala.

(Las primeras damitas empiezan a descender.)

Así... Blanca, leve, en la escala,
no parece mujer ninguna,
sino fina gotita de luna
que de tramo en tramo resbala...
Yo la última... Si el centinela
se anticipa, la Reina vela
para darle su merecido.

(Han descendido casi todas.)

ROSALBA

(Dentro, en la escala.)

¡Clarisa!

CLARISA

(Dentro, en la escala.)

¡Voy!

ROSALBA

(Desapareciendo.)

¡De prisa!

ALGARINA

(A Clarisa, *ya en la escala.)*

¡Vuela!

(Clarisa *desaparece.)*
(Algarina, *en la escala.)*

¿Nadie?

ISABELA

Nadie... ¡Dios lo ha querido!

(Va a salir. Antes, dirigiéndose a la muñeca, dice aún:)

¡Buenas noches, Luisa Isabela!

(Y, como las demás, salta la barandilla y se hunde en la noche azul.)

TELON RAPIDO

CUADRO SEGUNDO

Dos jardinillos simétricos, de bojes y bolandrines recortados, en el Buen Retiro. El acceso a ellos se hace por los laterales o el foro; pero la división central, entre ambos, ha de ser un seto alto, cerrado y espeso, a manera de biombo que impida la vista del uno al otro recinto. Fondo de jardines, fuentes y boscajes.

Es de noche, noche clara, de luna abrileña, entonada toda en vivos azules, verdes y violetas.

En el jardinillo de la izquierda, una mesa rodeada de bancos, todo ello rústico, de troncos de árbol.

En el de la derecha, un banco de piedra y una escalera de mano, también rústica, de las que usan los jardineros.

(Al levantarse el telón entran en el jardinillo de la izquierda el Rey Luis, *vestido de aldeano, y* Cirilo, Simón *y* Andrés, *rústicos. Traen tejos y barra, dados y cubilete, baraja y guitarra, bota y pernil.)*

CIRILO

Aquí los tejos y la barra

SIMÓN

Aquí el pernil.

ANDRÉS

Aquí la bota.

LUIS

¡Y para luego, la guitarra!

(Cada uno, portador del objeto que dice, va depositándolo en su lugar.)

CIRILO

¿Rondaremos?

LUIS

A esa bizarra
del ventorrillo de la parra,
que tanto gusta de la jota.

¡La noche está para rondar
hasta que el Sol se vuelva a ver
y la Luna se vaya a acostar,
con las tocas del alborear,
sobre el lecho del amanecer!

SIMÓN

Como un poeta habéis hablado.
¡Por algo sois...
(Atajándole.)

LUIS

Un camarada.
Más de una vez os he probado
que no importan nada
la jerarquía ni el estado,
habiendo una noche estrellada
y un guitarrillo bien templado.
¡Como los grillos a la Luna,
cantemos en los jardinillos!

SIMÓN

¿Y si alguno nos importuna?

LUIS

Pues hacemos lo que los grillos:
escondernos y enmudecer.

ANDRÉS

¿Pero si fuera, por fortuna,
el importuno una mujer...?

LUIS

No tardaban, todos a una,
los grillos en aparecer.

CIRILO

¡Linda grillera!

(Todos hacen corro en la mesa rústica y se disponen a jugar.)

LUIS

Hablad de modo
que no alborotéis demasiado;
en Palacio se sabe ya todo
y andan las guardias al cuidado.
Y aunque he dejado en mi aposento
luz encendida para despistar,
como arrastra las voces, el viento,
si no andamos con tiento,
nos va a delatar.

ANDRÉS

(Sacando una moneda del bolsillo y depositándola en la mesa.)

¡Pongo un escudo en el tapete!

LUIS

(Bajando el tono.)

¡Sin gritar!

SIMÓN

(Idem.)

En voz baja.

CIRILO

(Idem.)

En voz baja.

(Durante gran parte de esta escena hablan en tono confidencial, aunque muy animado.)

SIMÓN

¿Qué sacamos, el cubilete
o la baraja?

TODOS

¡La baraja!

(Simón *saca y baraja los naipes.)*

LUIS

Un centinela.

ANDRÉS

(A Cirilo.*)*

¡Cirilo!

SIMÓN

(Idem.)

¡Cirilo!

(Cirilo *se cuadra cómicamente ante el* Rey.)

LUIS

Colócate junto al vallado,
por si alguien llega.

CIRILO

(Haciéndolo.)

Estad tranquilo
y descuidado.

(Desde el foro, arrojando una moneda.)

Mas ponedme, con todo sigilo,
al rey primero esta moneda.

(Luis, Andrés *y* Simón, *imponiéndole silencio casi a la vez.)*

LUIS

¡Silencio!

ANDRÉS

¡Imprudente!

SIMÓN

¡Imprudente!
¡No hables de reyes, estando en la rueda
quien está presente!

(Pausa. Simón *va echando las cartas.* Cirilo, *desde el foro, va y viene en rápidas carrerillas, más atento al juego que a su guardia.* Luis *y* Andrés, *pendientes del juego, hablan.)*

ANDRÉS

(Al Rey.)
¿Y qué os han dicho?

LUIS

Que mi padre,
ya, por la noche, alguna vez
nos ha espiado.

ANDRÉS

¿Sí? ¡Pardiez!
¡Pues Dios confunda a la comadre
que os denunció!

LUIS

(Al juego, a Simón, *que echa las cartas.)*

Quiero.

SIMÓN

(Después de una pausa, en que le echa varios naipes.)

Y van diez.

ANDRÉS

(Al Rey, *que pierde.)*

Mal empezáis.

SIMÓN

¡Salió una sota!

CIRILO

Dicen que es nuncio del amor.

LUIS

(Riendo y bebiendo.)

Pues, por el buen anunciador,
corra la bota.

ANDRÉS

(Tomando la bota de manos del Rey *y echando a su vez un trago.)*

¡La bota!

SIMÓN

(El mismo juego, cogiendo la bota a Andrés.)

¡La bota!

(Cirilo, *llegado su turno, da una última carrerilla desde el foro, y cogiendo la bota de manos de* Simón, *sin decir palabra, bebe largo y a su gusto, no habiendo nadie tras él que reclame el puesto. Mientras, los jugadores siguen el juego en silencio; pero el* Rey *no atiende ahora, distraído y ausente del corro.)*

SIMÓN

(Al Rey.)

¡Que os distraéis!

ANDRÉS

(Idem.)

¿Pero tampoco pasáis?

SIMÓN

¡Habéis perdido sin razón!

LUIS

Perdonadme la distracción;
pensaba en cierta dama, que hace poco
quiso darme, en La Granja, una lección.
Y era también su acusación
de hallarme siempre distraído;
mas distraído para amar.

SIMÓN

¡Diablo! ¡Os habréis reído
hasta reventar!
¡Distraído el más atrevido
con que una moza pudo dar!

ANDRÉS

Ciertamente, que es singular
quien tan mal os ha conocido.
¡Que os la traigan a este lugar
en una noche como ésta,
y veréis qué poco la cuesta
cambiar de modo de pensar!

LUIS

¡Bah! ¡Me he cansado de jugar!

(Se levanta. Los demás, después. Cirilo *se reincorpora definitivamente al grupo.)*

¡Quiero gozar otros placeres!
¡Las estrellas vagan, errantes,
bajo el influjo de Citeres,
como los faunos y bacantes!

CIRILO

¿Faunos? ¿Bacantes?

ANDRÉS

¿Y eso qué es?

LUIS

Mitología.

CIRILO

¡Bueno!

SIMÓN

Pues
nos quedamos lo mismo que antes.

ANDRÉS

(Aparte, a Simón.)
¿Si parlará también en francés,
como la Reina?

LUIS

(Que le ha oído murmurar.)
¿Hablaba Andrés?

ANDRÉS

Digo que estáis entre ignorantes
y que ninguno de los tres
os entendimos.

LUIS

Ni hace falta.

(Dirigiéndose a la salida.)

Mas, vámonos al ventorrillo,
pues ya la Luna está tan alta,
que si cayera, se rompería,
como se rompe un farolillo,
y si dejamos que luzca el día,
sin sacar a la noche provecho;
la dama, al fin, tendrá derecho
a decirme lo que me decía.

(Cirilo *coge la guitarra, y los demás, la bota, el pernil, etc., disponiéndose a salir, pero sin abandonar sus provisiones.)*

CIRILO

¿Quién cantará?

LUIS

Los cuatro.

CIRILO

No;
yo solamente tocaré.

SIMÓN

Pues yo no sé.

ANDRÉS

¡Tampoco yo!

LUIS

No os apuréis; ¡yo cantaré,
y, por mi vida, que lo haré
como el ave que me enseñó!

(Vanse todos por la izquierda, y apenas desaparecen salen por la derecha, al otro jardinillo, Isabela, Algarina, Clarisa y Rosalba. Algarina *porta el lindo y diminuto canastillo, que es casi un nido de oropéndolas.* Clarisa *aparece la primera, como guiando al grupo. La* Reina, *después, y las demás, en pos.)*

CLARISA

En estos huertecillos apartados
nadie importunará nuestra alegría.

ISABELA

¿Hacen lejos su guardia los soldados?

CLARISA

A otro lado de la espesa umbría.

ISABELA

Pues lo siento.

ALGARINA

¿Por qué?

ISABELA

Me gustaría
que alguien nos sorprendiera.

CLARISA

(Asustada.)

¡Qué locura!
¡Ya, de pensarlo, me faltó el respiro!

ROSALBA

Tú te asustas de todo.

CLARISA

¿No os apura
que nos sorprendan en la noche oscura?
¿Vió escándalo mayor el Buen Retiro?

ISABELA

(Señalando a un extremo del jardín.)

Duerme el Palacio allí. Nadie sospecha
que, la noche al mediar, su Soberana
deja su celda estrecha
y hace, a placer, lo que le viene en gana.

(Reparando de pronto en algo que la extraña y dirigiéndose a un ángulo del jardinillo.)

Ved el cuadro de luz de mi aposento.
Mas ¿también tiene luz otra ventana?

(Llamando a Algarina.)

Ven, Algarina.

(Pausa. Algarina *se acerca a ella.)*

Mira. O no me oriento,
o corresponde el cuadro luminoso
a la cámara misma del Rey Luis.

(Las otras azafatas se acercaron a su vez y también miran.)

ALGARINA

Justo.

ROSALBA

Cae de la vuestra frente a frente.

ISABELA

¿Seguras de ello estáis? ¿No me mentís?
¿Por qué no duerme? ¿Si estará celoso
y esta noche se habrá, precisamente,
dedicado a espiar, mi amado esposo,
todo lo que hemos hecho?

TODAS

(Aterradas.)

¿Qué decís?

ISABELA

(Risueña.)

No se me asusten las alondras puras;
aunque no estarlo yo mejor quisiera,
todas estamos, para el Rey, seguras.
Ni el Rey se habrá acercado a la vidriera
ni celará de mí.
¡Dormirá a pierna suelta y descuidado,
o, a lo sumo, andará, tras de un cercado,
robando algún zarzal!

TODAS

(Respirando a sus anchas.)

¡Más vale así!

(Pausa. Isabela *se sienta en un extremo de banco.)*

ISABELA

Pero abramos la cesta. Lo primero
que hace, cuando se escapa, un prisionero,
es reponer las fuerzas.

CLARISA

Algarina.
de todo se cuidó.

ROSALBA

Trajo un rimero
de platos de cartón que imitan china.

(Algarina *ha abierto la cesta, y al compás que habla, dispone, en la parte del banco que* Isabela *deja libre, la graciosa vajilla de cartón.)*

ALGARINA

Si halláis la porcelana un poco basta,
disculpadlo; mas era necesario
no ocupar mucho sitio en la canasta.

ISABELA

(Que contempla los platitos con gracioso asombro.)

Discurriste muy bien. Por el contrario,
hallo que es tu talento extraordinario,
y Marquesa te haré de la Banasta.

ALGARINA

Clarisa trae la fina lencería.

(Clarisa *va sacando del pecho, y mostrándolas, unas diminutas servilletas, leves como la espuma.)*

ISABELA

(Al verlas.)

De muñecas parecen.

ALGARINA

¿Todavía
pensáis en la muñeca?

(Dirigiéndose a Rosalba.)

Y la Rosalba
trae la repostería
bajo las blondas de su traje malva.

(La Rosalba *saca de su faldriquera, con todo cuidado, el envoltorio de cuatro flanecillos microscópicos.)*

ROSALBA

Nada falta en la cena.

ISABELA

(Buscando algo con los ojos.)

Solamente
con qué saciemos nuestra sed, al fin.

ALGARINA

Veo que nos juzgáis injustamente.
¿No sentís el murmullo de la fuente?
Se os trajo aquí porque, precisamente,
cae la fuente a esta parte del jardín.

ISABELA

Pues iremos al chorro cantarín.

ROSALBA

Y luego al lago.

ALGARINA

Y a la misma orilla,
con pan los pececillos atraeremos.

ISABELA

Y saltaremos luego a la barquilla.

ROSALBA

Yo empuñaré el timón.

ISABELA

Y yo, los remos;
¡bien te has de divertir, Isabelilla!

(Pausa. Todas comen. Clarisa, *vorazmente.)*

ROSALBA

Clarisa, devoráis con apetito.

CLARISA

(A boca llena.)

Los sustos quitan siempre la desgana.

ALGARINA

¡Miren la asustadiza!

ISABELA

Y yo la imito;
¡nunca he comido de tan buena gana!

ROSALBA

Esta fiesta en la noche, prohibida,

y entre el seto de espesos bolandrines,
no sé qué tiene, que a cenar convida.

ISABELA

Yo eso digo: ¡me gusta la gran vida
y darme, a media noche, estos festines!

(Acaban la cena frugal. Algarina *recoge.* Isabela *se levanta.)*

Si ahora, para colmar nuestra alegría,
pudiéramos bailar, yo era dichosa.
Pero falta la música.

ALGARINA

Eso es cosa
que no os pude traer, señora mía:
si cabría en la cesta un instrumento,
el músico, en la cesta, no cabría.

ISABELA

Pues bailaremos al compás del viento.
Lo importante, al bailar, no es la armonía,
sino el aire, el compás y el movimiento.

(Coge a Rosalba *de una mano, y cuando van a iniciar el paso de minué, se oye, a lo lejos, el rasguear de una guitarra.)*

(Isabela, *al oírlo, se detiene.)*

¡Silencio! ¿Habéis oído? ¡Una guitarra!
¡Ya tenemos la música también!

ALGARINA

Pero ¿quién tocará?

ISABELA

No importa quién.

(A Rosalba.)

Cógete a mí.

(A Algarina.)

Y tú a Clarisa agarra.

(El mismo juego que antes. Forman dos parejas, dan unos pasos de baile y, apenas se inicia éste, se oye dentro, claramente, la voz del Rey Luis, *que canta una copla.)*

ISABELA

(Parándose a escuchar.)

¡Una copla!

ALGARINA

(Idem.)

¡Una copla!

ROSALBA

(Idem.)

¡Y es de amor!

ISABELA

¡Callad!

(Una pausa. Todas escuchan atentamente.)

¡Fresca garganta es la que canta!

ALGARINA

¡Emociona!

ROSALBA

¡Estremece!

CLARISA

(Medrosica siempre.)

¡A mí me espanta
no vengan hacia aquí!

(Otra pausa. La copla termina.)

ISABELA

¡Bravo cantor!
Y su voz tiene un timbre conocido.

ALGARINA

Yo también la conozco.

CLARISA

Yo también.

ISABELA

Pero por mucho que agucé el oído,
no doy con quién será.

CLARISA

¿Quién será?

ROSALBA

¿Quién?

ALGARINA

Pajes del Rey, que pasarán de ronda.

ISABELA

(Con candorosa envidia.)

¿Y rondarán a alguna camarera?
¡Quién fuera camarera!

ROSALBA

(Suspirando.)

¡Quién lo fuera!

ISABELA

(De pronto.)

¡Callad, callad! Se estremeció la fronda.

(Todas escuchan de nuevo.)

ALGARINA

Parece que son ellos.

ISABELA

(Gozosa.)

¡Sí que son!

ROSALBA

Se oye más cerca la guitarra.

CLARISA

(En susto creciente.)

¡Vienen!

ISABELA

¡Déjalos!

(A Algarina *y* Rosalba.)

Para ver si se detienen
debiéramos llamarles la atención.
Pero ¿cómo?

ALGARINA

Tirando, cuando pasen,
una manzana.

ISABELA

Es grande atrevimiento.

CLARISA

¿Y pidiendo socorro?

ISABELA

¡Qué talento!
Para que en el Palacio se alarmasen.

ROSALBA

Ya sé. Yo, en estas cosas, nací diestra:
bastará con que ahoguemos una risa.
Eso no compromete, pero avisa.

ISABELA

E intriga mucho más. Eres maestra.
Pues a reír a tiempo. ¿Oyes, Clarisa?

(Pausa. Escuchan.)

ROSALBA

Ahora.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

(Luis, Cirilo, Simón *y* Andrés, *que han aparecido en el forillo, por el jardín vecino, se detienen al oír las risas.)*

LUIS

¿No habéis oído?
Paraos y escuchad.

(Pausa.)

Pues juraría
que alguien tras el ramaje se ha reído.

SIMÓN

Y no jurar en vano. Todavía
suenan las carcajadas en mi oído.

LUIS

Y si no me engaño, son de mujer.

ANDRÉS

De mujer.

CIRILO

De mujer y tempranera.

LUIS

De boca fresca y joven han de ser
para saber reír de esa manera.
Pero ¿dónde estarán?

(Ellas escuchan con atención.)

ROSALBA

Ahora es preciso
que arrastremos las faldas sobre el piso.
Este ruido de encajes y de seda
les marcará el lugar en que el aviso
partió con precisión, de la arboleda.

ISABELA

Salgamos, de una vez, del compromiso.
(Arrastran ropas.)

LUIS

En el huerto de al lado
se oyen arrastrar de seda femenina.

ROSALBA

Ya está. ¡Nos han oído!

ISABELA

¡Ay, Algarina!
No sé si nos habremos arriesgado
más de lo que se debe. Pues ahora
ya no tiene remedio la aventura.

ALGARINA

Aun nos podemos escapar, señora.

ISABELA

¿Retroceder? ¡Jamás! ¡Nada me apura!
¡Adelante!

SIMÓN

Detrás de la espesura
se oye cuchichear, y aunque no veo,
parece que han de ser, más que aldeanas,
damas de calidad.

LUIS

O cortesanas
que han hecho del jardín su gineceo.

ANDRÉS

El seto es tan espeso, que no hay modo
de ver nada.

ISABELA

Miremos por el seto.

ROSALBA

(Que ha mirado ya.)

Es inútil; el seto está tan prieto,
que nos lo oculta con sus ramas todo.

ISABELA

Pues o yo he de saber quién nos espía,
o nada he de poder, siendo quien soy.

(Coge la escalerilla del jardinero y la afianza en el seto que separa los dos jardinillos; luego sube por ella resueltamente.)

CLARISA

¿Pero qué vais a hacer, señora mía?

ALGARINA

¡Nunca con tal valor os creería!

CLARISA

¡Que os verán!

ROSALBA

¡Que os caeréis!

ISABELA

¡Arriba voy!

(Los del otro grupo, en el jardín vecino.)

LUIS

Pues las tengo que ver si es que son bellas,
o nada he de poder, siendo quien soy.

(*A* Cirilo.)

Cirilo, las espaldas afirmad.

CIRILO

¿Para qué las espaldas, Majestad?

LUIS

(Dándole en el hombro, hasta obligarle a agacharse.)

¡Necio de ti, para subirme en ellas!

CIRILO

(Para sí.)

¿Negarse a hacer el asno es necedad?

SIMÓN

Nunca os hallé tan saltarín cual hoy.

ANDRÉS

¡Que os verán!

SIMÓN

¡Que os caeréis!

LUIS

¡Arriba estoy!

(Y coincidiendo en su aparición sobre el parapeto, Isabela *y* Luis *se dan de manos a boca, con el asombro consiguiente.)*

ISABELA

¡Luis!

LUIS

¡Isabela!

ISABELA

¡Aquí los dos!

LUIS

¿En este sitio y a estas horas?
¿Qué estáis haciendo?

ISABELA

¿Qué hacéis vos?

LUIS

¿Yo...? ¡Coger moras!

ISABELA

¿Coger moras?
La ocupación, precisamente,
que nos condujo hasta la fuente.
¡Casualidades que hace Dios!

(Las azafatas forman grupo aparte, comentando la aventura. Rosalba *se ha subido al banco y se empina sobre el bombón de sus chapines, para ver por encima del seto, aunque en vano, porque se lo impide su talla diminuta.)*

ROSALBA

Parece un mozo muy decente.

ALGARINA

¿Le veis la cara?

ROSALBA

Con trabajo.
¡Y se expresa con desparpajo!
No se le ve más que la frente.

(A su vez, los mozos, al otro lado, hacen

lo mismo. Simón *se ha subido a la mesa rústica, y* Cirilo *suda bajo el peso del* Rey Luis, *que, encaramado en sus hombros, departe, furioso, con* Isabel.)

ANDRÉS

¿Qué hacen?

SIMÓN

Hablar muy bajo.

CIRILO

Se acomodó tan guapamente
que se olvida de quien hay debajo.

LUIS

(A Isabela, *muy picado.)*

Esto ya pica en desvergüenza.
¿Qué se dirá de vos y mí?

ISABELA

(Muy zalamera, echándolo a broma.)

No me riñáis, marido, aquí,
que la escalera ya comienza
a protestar, y, como se venza,
sobre una mata de alelí
caeré, si me hacéis temblar.
Si hemos de hablar, bajad aquí.

LUIS

Pues bajaré, que hemos de hablar.

(Isabela *se arroja al suelo de un salto, y el* Rey, *tras ella, hace lo propio.)*

ALGARINA

(Asombrada, al reconocer a Luis.)

¡El Rey, de aldeano vestido!

ROSALBA

(Aparte, a Algarina.)

¡Silencio, astucia y observar!

SIMÓN

(Con igual asombro, al ver desaparecer al Rey *tras el lindero.)*

¡Ya salta! ¡La ha convencido!

ANDRÉS

Nadie en esto le puede igualar.

CIRILO

¡Pues sí que nos hemos lucido!
¿Qué hacemos?

SIMÓN

Oír y callar.

(Entretanto, el Rey *y la* Reina *han bajado de la escalera. El, con gran enojo; ella, risueña y mimosa. Las azafatas, indecisas, permanecen discretamente apartadas.)*

LUIS

¡Luisa Isabel!

ISABELA

No estéis airado;
mañana hay tiempo de querellar.

(Bajando la voz, como para hacerle cómplice.)

Para que todo lo pasado
crean que ha sido combinado,
ahora os importa disimular.

LUIS

(Para sí.)

Pero ¿aun se atreve? ¡Es más que osada!
Aunque, en verdad, a media noche
no es el momento del reproche.

(Mirándola de reojo.)

¡Y está preciosa la condenada!

ISABELA

(Alzando nuevamente la voz.)

Conque... ¿decís que la tonada
fué en nuestro honor?

(Aparte otra vez.)

¡Disimulad!

LUIS

(Fingiendo de mala gana.)

Fué en honor vuestro.

ISABELA

Y fué divina.
¿Oís, Clarisa y Algarina?

(Las azafatas se acercan tímidamente.)

¡Era el cantor Su Majestad!

(Volviéndose de nuevo al Rey.*)*

Pues tenéis una voz argentina,
y jamás en la vecindad
se oyó canción tan peregrina.

(Aparte, al Rey.*)*

Esto lo digo de verdad,
aunque os enoje.

LUIS

(Para sí, satisfecho.)

(Me envanece.)

(Mirándola otra vez a hurtadillas.)

(Bajo los rayos de la Luna
tiene un hechizo que alucina.)

ISABELA

¿Qué murmuráis?

(Disimulando, con una galantería al parecer burlona, pero, en verdad, sincera.)

LUIS

Que me parece
que si la Luna, en la laguna,
serviros de espejo quisiera,
vuestra imagen, por más que hiciera,
no copiaría cual merece.

ISABELA

Alabanza tan hechicera
mal, con la ira, se compadece.

LUIS

(Aparte, a Isabela.)

Disimulo, pero es por fuera;
porque mañana, estad segura,
como se debe y a su hora,
castigaré vuestra aventura.

ISABELA

(Alto, muy alto.)

Del presente hablamos ahora;
lo de mañana no me apura.

ALGARINA

(A Rosalba *y* Clarisa.)

El Rey es una criatura,
y la Reina le ha conquistado.

CLARISA

(A Algarina *y* Rosalba.)

¡Cómo la mira!

ROSALBA

(A Clarisa *y* Algarina.)

Está arrobado.
y cautivo de su hermosura.

ISABELA

(Al Rey.)

Y lo presente es que la ira
se os va aplacando.

LUIS

(Con ironía.)

Disimulo.

ISABELA

Pero aduláis.

LUIS

(Resuelto.)

Yo nunca adulo,
Aunque, al miraros, si se os mira
a esta luz y con atención,
nacen, al punto, al que os admira,
sentimientos de adulación.

ISABELA

(Aparte, al Rey.)

¿Eso es verdad?

LUIS

(Aparte a la Reina.)

Eso es mentira.

ISABELA

Disimuláis a perfección.

LUIS

(Para sí.)

Es un ciclón; nada la arredra
para dejarme desconcertado.
¿Y estoy yo limpio de pecado
para arrojar la primera piedra?

ISABELA

(A sus azafatas resueltamente.)

Pero vamos al laberinto
de empalizadas y de hiedra.
La primera que llegue al recinto
donde está, sobre un plinto, la Fedra,
gritará tres veces al viento:
"¡Reina soy; el camino acertad!"

(Se dirige a la salida. Las azafatas hacen ademán de ir tras ella. Luis *las detiene.)*

LUIS

(Para sí.)

No sé esta noche lo que siento,
que si dijera la verdad
con sincero arrepentimiento,
la perdonaba, en el momento,
su incomprensible libertad
y su alegre atolondramiento.

(A las azafatas, que se iban.)

¡Azafatas!

(Las azafatas se detienen.)

¡Cirilo!

CIRILO

(Respondiendo desde el lado opuesto del seto.)

¡Ordenad!

LUIS

(*A* Cirilo.)

A la alberca del Cisne salid
y a unas damas, en ella, prestad
compañía.

(*A las azafatas.*)

Id con ellos.

(*A la* Reina.)

Quedad
vos aquí.

(*A las azafatas, otra vez.*)

Si alguien viene, avisad.

ISABELA

(*Para sí.*)

Va saliendo a mi gusto el ardid.

ALGARINA

Majestad.

CLARISA

Majestad.

ROSALBA

Majestad.

(*Hacen tres lindas reverencias y vanse las tres azafatas.*)

ISABELA

(Fingiendo un susto que no tiene.)

¿Qué os proponéis?

LUIS

Ya lo habéis visto:
sin testigos hablar y saber
si estáis pronta a reconocer
que aceptar este juego imprevisto
es mi honor en peligro poner.

ISABELA

(Risueña.)

Reconozco cuanto queráis;
pero ¡no me riñáis, por favor!

LUIS

¡Isabela!

ISABELA

Rey Luis, me asustáis.
Si un momento, tan sólo, escucháis,
ya veréis cómo, al fin, confesáis
que jamás peligró vuestro honor.

LUIS

Pues hablad.

ISABELA

Mas, primero, Rey Luis,
quiero veros sin ese entrecejo
que os avieja. ¡Reíd! ¿No reís?

(Extrema su coquetería y, mirándole de hito en hito, fijamente, a los ojos, añade:)

¡Oh! ¡Quién fuera un espejo y en él
os pudierais a gusto mirar
fijamente, sin pestañear,
para ver que ese gesto cruel
os afea y os hace más viejo!

(Luis *la contempla, a su vez, arrobado, y acaba por sonreír.)*

¡Ya sonríe!

LUIS

(Para sí.)

Me hará claudicar
si me vuelve otra vez a prestar
de sus ojos el nítido espejo.

(Alto.)

Os escucho; podéis comenzar.

ISABELA

Yo me aburría en mi prisión,
yo en mi presidio me aburría
pensando en quien no comprendía

las angustias de mi corazón.
Por nacer en un libre país,
donde al alma no ponen cadenas,
yo sufría castigos y penas
en el reino del joven Rey Luis.
Al Rey Luis le asustaba mi risa,
que era el eco de mi juventud,
y que, más que el sermón de una misa,
me gustara escuchar, insumisa,
el arrullo de un laúd.
Y la rosa de Francia, criada
en el fausto francés del Rey-Sol,
se moría de sed, transplantada
a lo seco del suelo español.
Mi pecado era amar al esposo,
que escapaba de mí, temeroso,
como de una astuta hechicera
o un perro rabioso;
y cansada por fin de la espera,
decidí, para veros celoso,
daros celos, Rey Luis, como fuera.
Jugué la gracia y la hermosura
de mi florida primavera;
apelé a la dulce tercera
de mi alegre desenvoltura;
pero todo fué inútil: quien debía
no reparaba en mis encantos.
¡En cambio, reparaban tantos
que yo no quería!
Y esta noche, desesperada,
creyéndoos a vos en el lecho,
por no sentir, cual siempre, helada
y vacía la media almohada

que os corresponde por derecho,
como una pobre alucinada
acabé por hacer lo hecho:
tender las alas y escapar;
dejar el cristal de la urna,
bajar al jardín, volar
y los aromas aspirar
cual la campánula nocturna.
Ya que de día no la deja
la cortesana rectitud,
no extrañéis que la juventud
rompa los hierros de su reja
para salir de esclavitud.

(Algarina y las otras vuelven apresuradas.)

ALGARINA

Majestad, vuestro padre se acerca,
rodeado de alabarderos.

CLARISA

Nos oyó retozar en la alberca,
y se acerca para prenderos.

ISABELA

Estoy perdida. Estoy perdida.

(Al Rey.)

Idos, idos. No quiero perderos.

LUIS

(Resuelto.)

No temáis, que sabré defenderos,
aunque en ello me fuera la vida.

ISABELA

(A las azafatas.)

Bajo la sombra que entreteje
el boscaje de los limoneros
ocultaos hasta que se aleje,
y poneos los antifaces.

LUIS

¡No os mováis, palomitas torcaces,
que de un Rey, otro Rey os protege!

(La Reina *y sus azafatas sacan apresuradamente sus antifaces y se los ponen.)*

(Aparece el Rey Felipe V, *seguido de pajes y soldados. El cortejo del* Rey *permanece apartado y casi entre bastidores. Las azafatas, turbadas, se hacen también a un lado; y el* Rey Luis, *como amparando a la* Reina, *se interpone entre ésta y su padre.)*

REY FELIPE

¿Quién turba así la paz
del jardín de Palacio, en la noche?

¡A quién se le autoriza que trasnoche
y en las horas del sueño se dedique al solaz?

(Pausa. Silencio general.)

¡Responded como cumple! ¡Descubríos la faz!

(Las damas permanecen inmóviles, sin obedecerle. Luis *da un paso y dice:)*

LUIS

Señor: Son inocentes criaturas
que, de una flor en otra, llegaron hasta aquí.
La noche era tan tibia y las auras tan puras,
que en el lecho se ahogaban, desveladas y a oscuras,
y salieron al parque, por jugar al "¡orí!"

FELIPE

(Reconociéndole.)

¡Cómo! ¿Vos personaje de tales aventuras
y vestido a la usanza de los villanos?

LUIS

Sí.

FELIPE

No me sorprende. Ha tiempo la Corte me advertía
estas fugas nocturnas con que me dais sonrojos.
Pero yo no creía lo que oía,
hasta no verlo con mis propios ojos.
Ya lo he visto.

LUIS

(Respetuoso.)

¡Señor...!

FELIPE

¡Todo un Monarca
llevado en lenguas y traído en mientes
y manchado en el fango de la charca
con licenciosas gentes!

LUIS

Siendo, cual sois, tan justo, no osaréis
ofender a unas damas que tal son.

FELIPE

¿Aún las defendéis?

LUIS

Vos, de quien lo aprendí, no censuréis
que haga lo que me dicta el corazón.

FELIPE

De modo que, viniendo sin dueñas y tapadas,
de noche y al encuentro de sus cuatro galanes,
¿son damas candorosas, honestas, recatadas,
que sin malicia juegan entre los arrayanes?
Y estos buenos truhanes,
¿también son inocentes?

Y a vos, ¿no os avergüenza renegar del linaje,
tener tales amigas y tales confidentes,
amparar estas cosas y vestir ese traje?
¿Qué respondéis?

LUIS

Señor, nada os he de explicar.
Como quien sois, podéis, a quien soy, castigar.

FELIPE

¡Basta! Voy a imponer—las culpas ya juzgadas—,
mi sanción.

(Llamando.)

¡Capitán de la escolta!

CAPITÁN

(Apareciendo.)

¡Señor!

FELIPE

Llevad, con todo honor,
mas presos y entre lanzas, a esas enmascaradas
y a esos hombres, al cuarto de la Guardia Mayor.

(Pausa. Salen los soldados y se llevan a Cirilo, Simón *y* Andrés. *Luego, escoltada cada una por dos lanzas, vanse también las azafatas.)*

ALGARINA

(Al salir.)

La soga se ha quebrado
por el cabo más débil.

CLARISA

(Idem.)

¡Yo ya me lo temía!

(Vanse. El Capitán *avanza hacia* Isabela, *como para escoltarla él mismo.* Luis *se interpone entre los dos.)*

CAPITÁN

Señora, os toca a vos.

LUIS

¡Atrás, señor soldado!

CAPITÁN

El Rey lo manda.

LUIS

¡Atrás! Aunque el Rey lo ha mandado,
no prendéis a esta dama.

FELIPE

(Interviniendo.)

¿Por qué?

LUIS

(Con noble arrogancia.)

¡Porque ésta es mía!

(Sensación en Felipe V.*)*

FELIPE

Lo cual quiere decir que estáis en rebeldía.

LUIS

Perdonad, padre mío. Si hasta el fin he callado,
fué porque no creía
que las cosas llegaran hasta donde han llegado.
Si insólita os parece mi osadía,
vuestra severidad es más extraña;
no extrañe, pues, al que abdicara un día,
que si al que reina su sentencia daña,
os repita el Rey Luis lo que os decía:
A ésta no os la lleváis, porque ésta es mía,
y porque la defiende el Rey de España.

(Cuadro. Luis *ha cogido a* Isabela *del brazo, y sale con ella entre un silencio general.)*

TELÓN

ROSA DE FRANCIA

ACTO TERCERO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer cuadro del segundo acto, con las variaciones que indicará *Algarina* en el decurso de la primera escena. En un extremo de la estancia, una devanadera giratoria medio oculta por un biombo.

Una luz de primeras horas de la mañana, parecida a la del primer acto: rosada y dorada.

(En escena, y en íntimo coloquio, también como en aquel entonces, Algarina *y* Rosalba.)

ALGARINA

¿No estáis malhumorada,
Rosalba?

ROSALBA

¡Estoy mortal!

ALGARINA

¡Lástima de escapada,
tan bien imaginada,
para acabar tan mal!

ROSALBA

El pensamiento mío,
que debimos seguir,
era, ya libres, ir
a la orilla del río,
y allí, en los merenderos
de Pascual y Colasa,
con un par de corderos
lechales a la brasa,
buen chorizo extremeño
y un jarro de Jerez,

dar remate al empeño,
entreteniendo el sueño,
pero el hambre, a la vez!
Quedarnos al banquete
fingido, en el jardín,
simulando un festín
con platos de juguete,
fué retardar el paso
que importaba abreviar,
perder el tiempo, y dar
ocasión al fracaso;
fué saltar la pared
de la cárcel, ansiosas,
para que su merced
nos echara la red
de cazar mariposas...!
Abortó la escapada,
y nos pusieron grillos
en las manos, por nada:
la de los jardinillos,
fué idea desdichada.

ALGARINA

(Excusándose.)

Clarisa, que iba muerta
de miedo, quiso estar
aquel rato en la huerta,
por miedo a tropezar
con la guardia, a la puerta
del jardín...

ROSALBA

(Rápida.)

Pues Clarisa
bien pudo presumir
que, en la ocasión precisa,
no suele resistir
la guardia a una sonrisa.
Nos habría ayudado
nuestra buena fortuna;
habríamos andado
por Madrid, a la luna;
y aunque en el merendero
de Colasa y Pascual
lo pasáramos mal,
y acabado el cordero
lechal,
a Palacio volviera
todo el corro cautivo,
¡nos prendían, siquiera,
por algo positivo...!

ALGARINA

Yo pasé muy mal rato
cuando en el calabozo
me vi.

ROSALBA

¡Fué un desacato
del Rey viejo al Rey mozo!
Ya que en su compañía

nos sorprendieron, él
de todas respondía;
y más cuando venía
con todas Isabel!

ALGARINA

No lo supo el Rey viejo.
A la luz de la Luna,
y en la mancha oportuna
del antifaz, perplejo,
no conoció a ninguna.

ROSALBA

Menos mal...

ALGARINA

Menos mal...

(Transición.)

Lo peor, para mí,
fué sacarnos de allí
sin saber el final
del suceso. Alarmada
toda la noche estoy;
pasó la noche; es hoy,
y aun no me explico nada.
Por no saber, ni aun sé
quiénes nos socorrieron,
ni cómo, ni por qué
la libertad nos dieron.

ROSALBA

Yo sí.

ALGARINA

¿Tú sí?

ROSALBA

(Confidencial.)

No había
cerrado todavía
mi celda el oficial,
cuando a instancias la abría
de un paje que traía
una cédula real.

ALGARINA

¿Real?

ROSALBA

"Yo, el Rey", decía
la cédula al final,
y en ella se nos daba
la libertad...

ALGARINA

¡Acaba!

ROSALBA

No hay más; a una señal
del gallardo oficial,
me abren del calabozo
la puerta, y yo, con gozo,
como todas, la dejo...

ALGARINA

(Reflexionando.)

"Yo, el Rey..." ¿Era el Rey viejo?

ROSALBA

Pudo ser el Rey mozo;
pero, tan a deshora,
¿quién iba a averiguar?
Me encerré a descansar,
y descansé hasta ahora.

ALGARINA

Yo no. Con vano empeño,
después de lo ocurrido,
conciliar he querido,
toda la noche, el sueño.
No podía dormir,
recordando a Isabela;
me parecía oír
la voz del centinela;
y temblaba al pensar
que un hombre, a quien con harto
trabajo hice yo entrar,
tenía que esperar
la mañana, en el cuarto
de Altamira.... Amanece,
por fin, o me parece
que una luz tenue y fría,
que apenas esclarece
mi aposento, es el día;
dejo, muerta de miedo,

mi lecho, y, con sigilo,
de la pared al filo
y a oscuras, como puedo,
vengo a ver qué ha pasado
después de nuestra huída.

ROSALBA

¿Y halláis?...

ALGARINA

(Diciendo y señalando.)

Todo cambiado:
la escala, recogida;
pero el balcón, cerrado.

ROSALBA

Grave.

ALGARINA

(Idem.)

En ese aposento,
ni un rumor, ni un aliento;
pero falta la llave
que yo dejé.

ROSALBA

¡Más grave!

ALGARINA

Y, en fin, aunque debía
vigilar todavía,

ausente el centinela
del cuarto de Isabela;
su camarín, cerrado
con doble cerradura,
y el postigo que obtura
la mirilla, ¡clavado!

ROSALBA

¡Gravísimo!... Y no hay modo
de evitar que se enteren
los viejos, que de todo
razón y cuenta quieren.

ALGARINA

¡Imaginad la cuita
en que me han de poner
cuando vengan a hacer
su diaria visita,
y a la primer mirada
comprendan, fatalmente,
que el soldado está ausente,
la Altamira, encerrada,
y lo demás, revuelto!

ROSALBA

¡A fe, que no es madeja
la que armará la Vieja
con tanto cabo suelto!

(En este momento irrumpe en escena Clarisa, *como siempre, asustada y turbada.)*

CLARISA

¿Ha vuelto ya la Reina?

ROSALBA

Todavía no ha vuelto.

CLARISA

¡Pues huyamos!

ALGARINA

¿Qué pasa?

CLARISA

Lo que pensar me aterra.
¡Un rayo nos confunda o nos trague la tierra
antes de que nos lleven al tajo del verdugo!
¡Ay, mi buena Algarina;
siento que se me pone la carne de gallina
al pensar en el hacha, la sangre y el tarugo!

(Como ante una gran catástrofe.)

¡¡Se aproximan los Reyes!!... ¡Los he visto de lejos!

ALGARINA

(Alarmada también.)

¿Has oído, Rosalba? ¡Que se acercan los Viejos!
¡Santa Rita, abogada de cosas imposibles,
nos ayude!

ROSALBA

(Sin perder la calma.)

No temas. Fracasó la aventura;
pero los mismos hados invisibles
que anoche nos sacaran de la mazmorra oscura,
nos sacarán también de la apurada
situación.

CLARISA

(Tornando desde la puerta, a la que había vuelto para vigilar.)

¡Aquí están!

ALGARINA

(Rehaciéndose.)

Antes que nada
convendría escuchar, sin ser oídas,
si él viene muy severo y ella muy enojada.
En el rincón aquel de la devanadera
las tres hagámonos las distraídas.

(Se sientan todas en torno al devanador giratorio, que duerme su olvido en un extremo apartado de la estancia.)

CLARISA

(Siguiéndolas con poca fe.)

¡Por mucho que toméis vuestras medidas,
yo me veo en la horca o en la hoguera!

(Entran Isabel de Farnesio *y* Felipe V.*)*

FARNESIO

(Sin reparar en las damas.)

¿Nadie tampoco?

FELIPE

Nadie.

FARNESIO

Pues esperar importa,
aunque acaso esté ausente como el Rey.

(Se sienta.)

FELIPE

No; Isabela
no se atreve a escaparse; se agita, mas no vuela;
es ave inofensiva, terrera y alicorta.

FARNESIO

El Rey también.

FELIPE

No. El Rey ha batido su vuelo
para escapar del nido.

FARNESIO

¿Y os inquieta su ausencia?

FELIPE

Me enoja. Ya os he dicho que anoche, en mi presencia,
hizo alarde de cosas indignas de su celo.

Y, por si aun era poco, cuando, entrado ya el día,
se han registrado bien su cámara y su alcoba,
todo se ha visto en orden: la saleta, vacía;
los armarios, cerrados; intacta, la bujía,
y el cobertor, cubriendo la incrustada caoba
del lecho real, que está sin abrir todavía.
¿Os parece esto bien? ¿Queréis que no me inquiete,
cuando sé que no ha vuelto por una aventurera?
¿Cómo exigir mañana que el pueblo le respete
quien es hoy el juguete
de una cualesquiera?

FARNESIO

No os disgustéis, Felipe; el Rey está en edad
de alegres amoríos.

FELIPE

Que ame; mas, con decoro.

FARNESIO

Disculpad sus caprichos: amor de mocedad,
no acierta a distinguir entre el cobre y el oro.
Pero considerad
que si le ha retenido la bella enmascarada
de anoche, no hay peligro para el Rey, por ahora;
ello es cosa banal, distracción de una hora,
que ni deja residuo ni compromete a nada.
Mientras vague el palomo de tejado en tejado,
no se acerca a Isabela, que es lo más de temer.
Nuestro mayor cuidado, para bien del Estado,
es hurtarle al dominio de su propia mujer.
Que no repare en ella: he aquí lo importante;

y, entretanto, Felipe, dejadle trasnochar:
esas otras mujeres, ilusión de un instante,
son, para nuestro empeño, el mejor auxiliar.
Sólo de esta manera, aunque hayáis abdicado
y a los ojos del mundo reine Luis en lo externo,
mientras ella no reine con él en lo privado,
seguirán siendo vuestras las riendas del gobierno.
Esto es justo y político. Confiaos en mí.
Huya lejos, muy lejos de Palacio, el palomo,
que yo, en tanto, me cuido de la pantera aquí.

(Levantándose.)

Y vamos a ver si
me acomete o la domo.

(Transición.)

Pero ¿no acude nadie? ¿Y las damas? ¿Qué es esto?
¿Es que no hay azafatas en la cámara real?

(Llamando.)

¡Camareras de guardia!

(Las camareras se muestran, tímidamente.)

ALGARINA

¿Señora?

FARNESIO

¿Cada cual
cómo no está en su puesto?

ALGARINA

Estábamos, señora; pero en aquella esquina.

FARNESIO

¿Escuchando?

ALGARINA

Bordando, junto al devanador.

ROSALBA

(Atreviéndose a intervenir.)

Su Majestad hablaba con el Rey, y Algarina dijo que era mostrarnos imprudencia mayor.

FARNESIO

¡Basta!... ¿Y la Soberana? ¿Aun no se ha levantado? ¿Duerme? ¿Se viste? ¿Reza? ¿Quizás ha madrugado —cosa insólita en ella—, para bajar a misa?

(Pausa. Todas callan.)

¿Por qué calláis? ¡Hablad! ¿Respondedme de prisa!

ALGARINA

Señora... De la Reina, nada sabemos.

CLARISA

Nada.

FARNESIO

¡Cómo! ¿Será posible respuesta semejante? ¿Dónde está la Altamira?

(Otro silencio.)

¿Es que aun sigue acostada,
iendo la Camarera Mayor? ¡Que se levante!

ALGARINA

Jada sabemos de ella tampoco.

FARNESIO

¿Qué decís?

CLARISA

Que no sabemos de ella.

FARNESIO

(Al Rey Felipe.)

Pero ¿no las oís?

FELIPE

Sí, las oigo.

FARNESIO

¿Y calláis?

FELIPE

Esperando el final.

FARNESIO

(A las azafatas.)

¿Sabéis lo que os espera si os burláis o fingís?

CLARISA

(Para sí, aterrada.)

¡El verdugo!

FARNESIO

El destierro.

ALGARINA

(Aparte.)

¡Menos mal!

ROSALBA

(Aparte.)

¡Menos m

FELIPE

(Interviniendo conciliador.)

Decidnos la verdad: ¿y la Reina?

ALGARINA

Señor:
nada sabemos de ella ni de la de Altamira.

FELIPE

Nada saben, es cierto; basta ver su temblor.

FARNESIO

?ues si es como decís y no decís mentira
explicad lo que pasa como podáis mejor.

ALGARINA

Hoy al ver, como siempre, cerrado su aposento,
sin que se oyera en él ni el más pequeño ruido,
las tres enmudecimos con igual pensamiento:
que la Reina dormía como siempre ha dormido,
de tan profundo modo,
con tan rítmico aliento,
que no despertaría, por su gusto, en un año;
y así nos dispusimos a prepararlo todo:
la ropa, las chinelas, los perfumes y el baño.

FARNESIO

¡El baño! ¡Siempre el baño! Pero... ¿insiste en bañarse?

ALGARINA

Insiste; ahora se baña dos veces cada día.

CLARISA

La sofoca el estío.

ALGARINA

Se baña al levantarse
y después de la siesta.

ROSALBA

Pero con agua fría.

FARNESIO

(Escandalizada.)

¡Dos veces! ¡Y agua fría! ¡Horror!... Para enfriars
y hacer mayor escarnio. Esto ya es contumacia.
Habréis de intervenir, Felipe, y de manera
que reporte su audacia
u hoy mismo he de arrancar yo misma la bañera.

ALGARINA

No hay bañera, Señora, como en La Granja habí

FARNESIO

¿Pues dónde?...

ALGARINA

Un estanquillo
que ocultan unos sauces entre la espesa umbría
la sirve de bañera; ya veis si ello es sencillo.

FARNESIO

Y ¿cómo, estando presa, puede libre correr?

ALGARINA

El Rey nos concedió dos horas de recreo:
una por la mañana y otra al oscurecer,
y ella las aprovecha, renunciando al paseo,
para hundirse en el agua, que es su mayor placer.

FARNESIO

¿No la bastan sus íntimas desvergüenzas, que aún osa airearlas en público?

CLARISA

Nosotras la tapamos.

ALGARINA

Nadie la ve. Con sábanas una tienda arreglamos,
y en cuanto siente pasos se cubre pudorosa,
poniéndose encarnada lo mismo que una rosa.

FARNESIO

Pero... ¿la veis vosotras?

CLARISA

La vemos.

ROSALBA

¡La admiramos!

FARNESIO

¡Basta! ¡Basta!

(A Algarina.)

Seguid. ¿Decís que esta mañana?...

ALGARINA

Estando a sus quehaceres ya todas prevenidas,
esperamos, en vano, que nuestra Soberana

nos llamase a la alcoba. Pero, al fin, aburridas
y alarmadas de ver que tardaba en llamar,
decidimos entrar;
mas hallamos cerrada, por dentro y con pestillo,
la puerta de la Reina, y, tras de la mirilla,
clavado el postiguillo
que tiene abierto siempre por miedo a la polilla.

(Yendo a la puerta de que habla.)

Comprobadlo vos misma. ¿Lo veis? Está clavado.

FELIPE

¿Y la llave?

ALGARINA

La llave tampoco ha sido hallada.

FELIPE

¡Es raro todo esto! ¿Por qué no habéis llamado?
¿No teméis por la Reina? ¿Os es tan poco amada?

ALGARINA

Sí; temimos. Por eso la puerta aporreamos
largo tiempo, y después, dando voces, gritamos:
"¡Majestad! ¡Majestad!", hasta que enronquecimos.

CLARISA

Pero no nos responde por más que la llamamos
y por más que insistimos.
Quizá se puso enferma.

ROSALBA

O se cayó del lecho.

FELIPE

'enéis razón. La Reina puede hallarse privada.

ALGARINA

'o más pienso que duerme como un lirón, y nada ɔgra hacer que despierte.

FARNESIO

Pues yo más bien sospecho
ue nos oye y se ríe.

FELIPE

¡Siempre sois mal pensada!
Pero, de todos modos, salgamos de la duda.

FARNESIO

¿Cómo?

FELIPE

(Dirigiéndose a la alcoba de Isabela.)
Entrando en la alcoba si persiste en no abrir.

FARNESIO

(Escandalizada.)

Considerad, Felipe, que puede estar desnuda:
las de Francia son frescas hasta para dormir.

FELIPE

(Golpeando en la puerta.)

¡Isabela!... ¡Hija mía!...

(Pausa.)

¡Soy tu padre!... ¡Responde

(Nueva pausa. Aplicando el oído a la puerta.)

Nada se oye.

FARNESIO

(Imperativa.)

¡Insistid!

FELIPE

(Llamando otra vez.)

¡Atiéndeme, Isabela!

(Nuevos golpes.)

FARNESIO

Más fuerte.

(Felipe golpea con todas sus fuerzas.)

¡Más!

FELIPE

No puedo.

(Desistiendo.)

No debe estar.

FARNESIO

¿Pues dónde
puede hallarse?

FELIPE

(A Algarina.)

Decid que venga el centinela
y él nos lo explicará.

FARNESIO

(Dirigiéndose resueltamente a la puerta de la cámara de Isabela.)

No se precisa de él.
Dejadme a mí.

(El mismo juego que Felipe, *llamando.)*

¡Ya es hora! ¡Levantad con presteza!

(Pausa.)

¿No me oís, Isabel?
¿Ignoráis que es pecado capital la pereza?

(Otra pausa.)

¿Tampoco? Pues yo tengo que saber lo que quiero.

(Mira, decidida, por el ojo de la cerradura.)

ALGARINA

Es inútil, señora, que miréis por el ojo
de la llave. Taparon también el agujero.

FARNESIO

Es verdad.

(Retirándose de la puerta.)

Y además, que me expongo a un sonrojo.
En vez de a un centinela, llamad a un cerrajero.

(Ha vuelto la espalda a la puerta con soberano desdén, y en el mismo instante aparece Isabela *en el cuadro de la mirilla y dice rápida, pisando casi la frase a la* Farnesio.)

ISABELA

No os molestéis, madame; descorreré el cerrojo.

(Todos quedan gratamente sorprendidos menos la Reina Vieja, *que en vano intenta contener su gran ira.)*

FARNESIO

¡Al fin!

FELIPE

¡Luisa Isabel!

LAS TRES AZAFATAS

¡La Reina!

ISABELA

¡Justamente!

¡La infeliz prisionera!

(*A la* Farnesio.)

¡Majestad, buenos días!
¡Creí que derribabais la puerta!

(*A* Felipe.)

Rey prudente:
¡buenos días también!

(A las azafatas.)

Buenos, amigas mías.

(A todos.)

Esperadme un instante nada más. En el traje
en que ahora estoy no podría mostrarme. Aunque precioso,
madama juzgaría que la hacía un ultraje,
¡y con razón, porque es un poco escandaloso!
Aguardad un momento y os rindo vasallaje.

(Cierra la mirilla y desaparece.)

FARNESIO

(Furiosa.)

¿No os lo dije? Escuchaba. Se fingía dormida
y se burló de todos con soberbio desdén.

FELIPE

(Siempre bonachón.)

Más vale que así sea; yo temí por su vida.

(*El* Rey Luis *aparece a su vez en la mirilla y, como* Isabel *antes, ataja también las palabras de* Felipe.)

LUIS

Pues gracias en su nombre y en el mío también.

(Gran sensación en todos.)

FARNESIO

(A punto de caer desvanecida.)

¡El con ella!

FELIPE

¿Aquí vos?

LAS TRES AZAFATAS

¡El Rey!

LUIS

Sí, padre mío.

FARNESIO

Pero ¿sueño despierta?...

LUIS

(Burlón.)

No soñáis: despertáis.

Mas ¿por qué os asustáis
cuando veis que sonrío?
Padre, quiero pagaros, en mañana tan grata,
vuestros temores por la salud de mi esposa.
Esperad un momento que se ponga una bata
y salimos los dos.

(Antes de retirarse, a la Farnesio, *refiriéndose a* Isabela.)

Madame: ¡está preciosa!

(Se ríe, cierra la mirilla y desaparece. La Reina Farnesio, *sin poder resistir más los que se la antojan procaces insultos a ella, vacila y va a caer desvanecida.)*

FELIPE

Sostened a la Reina, que vacila...

ROSALBA

(Acudiendo con las demás camareras.)

Vacila
más que pensáis.

FARNESIO

(Desvaneciéndose.)

¡Los dos!... Yo me siento morir.

(Confusión: todos van y vienen apurados.)

FELIPE

¡Se desmayó!

ALGARINA

¡Agua fresca!

CLARISA

¡Un físico!

ROSALBA

¡Elixir de menta!

ALGARINA

¡Cocimiento de malva y camomila!

FELIPE

Son vapores...

ROSALBA

Son nervios...

CLARISA

Está nerviosa.

ALGARINA

¡Tila!

(*Risas de* Isabel de Orleáns; *se abre la puerta de su camarín.*)

FARNESIO

¡Y ella se ríe!... ¡Mátenla, si se vuelve a reír!

FELIPE

(*Más tranquilo.*)

Ya se va recobrando...

(*Aparecen la* Orleáns *y* Luis. *Al ver el cuadro,* Isabela, *solícita, se acerca a sus damas.*)

ISABELA

¿Qué pasa?

ROSALBA

Está privada
la Reina.

ISABELA

Tan privada como lo estaba yo,
que hasta hoy no tuve cetro, ni marido, ni nada
de lo que ella me arrebató.

(Se acerca la Farnesio *y, con voz de mimosa dulzura, la llama.)*

Señora suegra...

FARNESIO

(Con un casi respingo.)

¿Qué?...

(Viendo a los dos esposos.)

¡Sí, los dos!

(A Isabela, *con furia.)*

¿Qué habéis hecho?

ISABELA

(A Luis, *en voz baja.)*

Yo no soy corta, pero me cuesta responder.

FELIPE

(A su mujer, conciliador y correcto.)

No preguntéis...

ISABELA

(Franca y con cierta altivez digna.)

No hicimos nada que ofenda un lecho
cuando ese lecho es tálamo de marido y mujer.

FARNESIO

(Tapándose los oídos, fingiendo escándalo.)

Rey Felipe... ¡Llevadme de aquí!... No puedo más.

ISABELA

(A Luis.)

Se escandaliza... ¿Habremos sido tan licenciosos?
Voy temiéndolo, Luis. ¡Quererse dos esposos!
¡Tal vez eso, en Palacio, no ha ocurrido jamás!

LUIS

Yo le diré...

ISABELA

No; déjame que haga yo los honores;
niña hasta ayer, temblaba a los destellos
de dos reyes; pero hoy, gracias a tus amores,
soy la dueña de casa, y en mi casa están ellos.

(Gallardamente y muy mujercita, avanza,

cortando el paso a la Farnesio, *que quiere retirarse.)*

Aparte vuestro enojo, Señora, en lo que hicimos
pensamos ajustarnos a lo que manda Dios;
y, como vos quisisteis nuestra boda, creímos,
obedeciendo al Cielo, contentaros a vos.

FARNESIO

(La Farnesio, *congestionada, avanza hacia ella amenazante y vacilando de nuevo.)*

¡Pero yo!...

(Se lleva la mano al corazón y se apoya en Rosalba.)

ISABELA

(Muy natural.)

Sostenedla y enderezad su toca,
que se torció al privarse...

ROSALBA

(A la Farnesio.)

¿Qué sentís?

FARNESIO

Opresión.

ISABELA

Y calor... Yo también... El ambiente sofoca
porque estamos cerrados. Luis, abre ese balcón.

(Una pausa. Luis *abre, en efecto, el balcón*

y fingiendo sorpresa al ver recogida en él pero todavía sujeta al barandal, la escala de seda, exclama:)

LUIS

¡Vive el cielo! ¿Qué es esto?... Reina Isabel, ¿qué m
voluntad a turbar nuestras bodas se aplica?
¡Una escala con garfios, y es de seda esta escala?..
Responde: en tu balcón, ¿qué significa?

(La Farnesio, *esperanzada ante la fingida sospecha del* Rey Luis, *se recobra totalmente y entra con ansiedad, como todos, en la nueva situación.)*

ISABELA

(Fingiendo, como el Rey, *durante toda la escena.)*

Señor...

LUIS

¡Responde!...

ISABELA

¡Juro, Luis, que soy inocente!

LUIS

¿No es éste tu balcón?

ISABELA

¡Y el de mis damas!...

LUIS

¡Ira de Dios!...

(A las damas, que le oyen temblando.)

¡Acudid todas; y si hay, entre mi gente, quien falte a sus deberes, yo he de hacer que escarmiente! ¿Cuál es la Camarera Mayor?

ROSALBA

Doña Altamira.

FARNESIO

(Apasionada, interviniendo.)

¡Un espejo de dueñas!

LUIS

(Sin atender a su madrastra.)

¿Dónde está?

ALGARINA

(Al ver que todas las camareras callan.)

No ha dejado su cámara.

LUIS

¡Llamadla!

ALGARINA

(Toda temblorosa, golpeando la puerta de Altamira *y gritando.)*

¡Altamira!... ¡Os esperan los Reyes!... ¡Acudid!

ALTAMIRA

(Desde dentro, instantáneamente y gritando también.)

Lo haría de buen grado, mas no puedo... ¡Han cerrado mi puerta, y esperaba, para salir, que abrieran!

LUIS

¡Pues abridla!

ALGARINA

(Cada vez más temblorosa.)

No hay llave.

LUIS

(Con mucha naturalidad, dando a Algarina *la llave que él tenía.)*

¡Ah, sí!... Yo la he quitado anoche...

(A la Farnesio, *como la cosa más natural.)*

No quería que nos interrumpieran.

(Algarina, *cerrando los ojos al peligro, se resuelve a abrir. Apurada por su involuntaria tardanza, pero, a pesar de ello, tranquila y natural, aparece* Doña Altamira.)

ALTAMIRA

(Saludando, con una inclinación.)

Señores...

LUIS

(No sin extrañeza, al verla salir sola.)

¿Dónde estabais?

ALTAMIRA

En mi aposento.

LUIS

¿Sola?

ALTAMIRA

(Extrañando la pregunta y con dignidad.)

Naturalmente, sola.

LUIS

(Dirigiéndose a la puerta del cuarto de Altamira.)

¿A ver?...

ALTAMIRA

¿Qué intenta?...

LUIS

Intento
salir pronto de dudas.

(Luis, *desde la puerta, sin abandonar la escena, inspecciona el aposento y exclama asombrado:)*

¡Nadie!

(El asombro del Rey *joven lo tienen igualmente la* Orleáns, Algarina *y las otras camareras.)*

ALTAMIRA

(A Algarina.)

¿Qué buscan?

LUIS

(Al piquete de guardias que quedó en la puerta.)

¡Hola,
mis soldados, aquí!

(Se destacan del grupo dos hombres.)

Registrad su aposento.

(Los dos soldados entran en él.)

ISABELA

(En voz baja, a Luis, *que se le acerca extrañado.)*

¡Pero nadie?

LUIS

¡Ni rastro!

FARNESIO

(Por los soldados y por el registro.)

¿Para qué este derroche
de fuerzas con quien vive como nos manda Dios?

ALGARINA

(Extrañadísima, a la Altamira.)

¿En vuestro cuarto, a un hombre, no visteis esta noche?

ALTAMIRA

(Con un respingo de indignación.)

¡No!

ALGARINA

¡Claro! El esperaba que le llamaseis vos.

ALTAMIRA

(Con más indignación.)

¿Llamar yo a un hombre?

ALGARINA

¡Calma!

LÚIS

(Que ha vuelto a la puerta y sigue impaciente las pesquisas de los soldados.)

Registrad... el ropero... los tapices..., allá... debajo de la cama... ¿Cómo?

ISABELA

(Fingiendo escándalo.)

¡Un hombre!

LUIS

¡Por fin!

SOLDADO

(Dentro.)

¡Alzaos, caballero!

(Se supone el revuelo que, de toda esta escena, rapidísima, se origina y continúa hasta el final, pintándose en el rostro y actitudes de todos y cada uno de los personajes, tomen o no parte en el diálogo.)

LUIS

(Al ver aparecer, conducido por dos soldados, al Marqués de Magny.)

He aquí el hombre!...

(A la Farnesio, *por la* Altamira.)

¡Un espejo de dueñas, esta dama!
¡Un espejo de dueñas, la que deshonra el techo
del Palacio Real!... ¡Espejo, la que empaña
de tal modo sus timbres, que, en la Corte de España,
esconde a sus amantes debajo de su lecho!

ALTAMIRA

(A Algarina, *sin dar crédito a lo que está viendo.)*

Pero... ¿sueño, Algarina? Pero ¿es posible? Pero...

(Ha observado al Marqués *de reojo.)*

... pero apuesto parece y es joven todavía.

LUIS

(Como si le reconociera en este momento.)

¿El Marqués de Magny?

FARNESIO

¡Magny!... Lo suponía.

(Al Rey Luis, *con perfidia.)*

No olvidéis que el Marqués de Magny, caballero

gentilhombre, es el mismo que prendisteis un día,
porque vuestra Isabel le nombró su montero
en los preparativos de cierta cacería...

ISABELA

(Tomando pie de lo que ha dicho la Farnesio *y dirigiéndose con resolución a* Magny.)

Ya lo oísteis, señor Marqués;
casi me injuria, y con razón...
Arrodillaos, y, a mis pies,
¡volved por mi reputación
y por vuestro buen nombre francés!
De la escala que está pendiente
del barandal,
¿sois vos el dueño?

MAGNY

(La actitud de éste en toda la escena es la misma que en toda la comedia: es el eterno burlado por la travesura de las damas.)

Ciertamente,
señora, pero...

ISABELA

(Sonriendo, a la Farnesio.)

Delincuente
que confiesa, no empieza mal.

(A Magny.)

¿Y a quién buscabais, imprudente,

escalando la cámara real?
A una dama, seguramente.

MAGNY

Sí... a una dama...

ISABELA

(Rápida.)

¿A qué dama?

LUIS

(Rápido.)

¿A cuál?

(Magny *se calla.)*

ISABELA

Responded.

LUIS

Sin vacilaciones.

ISABELA

Sin perderos en digresiones
y sin mentir en los detalles.
Responded como cumple a un valiente
que es el último superviviente
de los Marqueses de Versalles.

MAGNY

Señora, yo...

LUIS

Responded.

MAGNY

Yo, señor...

ISABELA

Si el escalo fué por amor
y es la dama tan principal
que en blasones, alcurnia y honor
se os podría tener por igual,
no queráis añadirle al cohecho
la ruindad de negarlo mendaz;
reparad lo que infame habéis hecho
y a la nueva Marquesa en agraz
vuestro nombre ofrecedla de escudo:
ella, al cabo, es soltera; vos, viudo;
confesad, os casamos y en paz.

MAGNY

(Aterrado.)

¿Eh? ¿Casarme?... Si no me ha sentido,
y si en toda la noche he movido
pie, ni pierna, ni brazo... ¿He podido
ofenderla a distancia?...

ISABELA

La habéis visto soltarse el vestido,
la habéis visto quitarse el jubón,
la habéis visto...

ALTAMIRA

(Interviniendo, sofocada y ruborizada.)

¡Callad, os lo pido!
No sigáis la enumeración!...

(Al Marqués, *entre furiosa y agradecida.)*

¿Negaréis que hubo ofensa? ¡Harta ha sido
la de entrar, seductor, en mi estancia!
Si no de hecho, me ha seducido
en espíritu, vuestra arrogancia!

ISABELA

El elogio es, Marqués, tan cumplido
que, a mi juicio, merece un marido
de Francia!

MAGNY

(Apartándose de Altamira, *después de observarla, resuelto a todo.)*

¡No me caso con ella jamás!...
¡Yo no tuve en mi vida afición
a labores de hueso! Además,
¡no he escalado por ella el balcón!

LUIS

(Fingiendo recelo.)

¡Ah!, ¿no es ella?

FARNESIO

(Triunfal.)

¡No es ella!

ISABELA

¡Alto ahí!

Pues entonces, Marqués de Magny,
como en este recinto vacío
no hay más cuartos que el de ella y el mío,
si a ella no..., ¿me buscabais a mí?
¡Proclamadlo, Marqués, porque quiero
que el Rey haga justicia y espero
que será su justicia extremada!...

(A Magny, *otra vez.)*

Esto cambia, señor caballero:
¡pido el Juicio de Dios, por la espada!

(Naturalmente, en todo el concurso la agitación, las muestras de ansiedad que impone la situación.)

LUIS

(Desnudando la espada de uno de los soldados.)

¡Va a muerte!

TODOS

(Retrocediendo aún más; con terror, con voz sorda.)

¡A muerte!

MAGNY

Pero... pero
pero si yo no he dicho nada!

LUIS

Otro cambio?... ¿Y no estáis ya rendido,
Marqués, de cambiar de color?
Escoged de una vez!

MAGNY

(Tomando la única resolución que le aconseja su prudencia y encaminándose hacia Doña Altamira.)

Ya he escogido:
a esta dama buscando he venido.

(Aparte.)

¡Para ahogarla!

ALTAMIRA

(Ruborosa, dando su mano al Marqués *y levantando los ojos al cielo.)*

¡Gracias, Señor!

MAGNY

Os ofrezco mi fe de marido,
mis blasones, mi nombre, mi amor
y el barniz para vuestro honor
que, por lo visto, se ha deslucido.

ISABELA

¡La escaramuza ha concluído
y el final es conmovedor!...

(Dirigiéndose a los dos Reyes Viejos.)

¿No lo entendéis así, señores
y padres míos?

(Los Reyes *callan y la* Farnesio *sonríe con sarcasmo.)*

¿Qué tramáis,
Reina suegra, que en mí claváis
vuestros ojos inquisidores?
¿Aún dudáis?

FARNESIO

Ya no quiero dudar;
el Marqués cumplió bien, y es mi amigo.

ISABELA

A Altamira ofendió, y el castigo...

FARNESIO

(Rápida, interrumpiéndola.)

Reconozco que ha sido ejemplar.
Por lo mismo, si habéis empezado
a ser justa, debéis continuar;
y hay otro reo a vuestro lado,
al que os importa castigar.

ISABELA

Otro reo a mi lado?

FARNESIO

¡El Rey Luis!

LUIS

¿Qué pretende?) ¿Yo reo?

FELIPE

(Conciliador, a la Farnesio.)
¡Callad!...

FARNESIO

Licencioso, procaz...

ISABELA

¿Qué decís?

LUIS

(¿A qué viene?...)

FELIPE

Callaos...

ISABELA

¡Hablad!

FARNESIO

Licencioso, procaz, mujeriego
y tan dado a sensualidad
que la acción del Marqués es un juego
comparada con su liviandad!

ISABELA

¡Una prueba!

LUIS

¡Una prueba!

FARNESIO

A eso voy:
decidida a dárosla estoy
y el culpable defiéndase o muera.
¡Mientras anoche, aquí, el Marqués,
seducía a la camarera...

ALTAMIRA

(Interrumpiéndola, estirada y muy digna.)

¡Señora!...

FARNESIO

(Imperturbable.)

... el Rey Luis, a los pies
de una impúdica aventurera,
y en un jardinillo, aquí cerca,
tanto hacía, y con tanto impudor,

..e enrojecieron de rubor
..asta los cisnes de la alberca!

ISABELA

No es verdad!...

FELIPE

¡Callaos, esposa!
A qué traéis cuentas pasadas?

FARNESIO

Les vió el Rey!

ISABELA

¡Oh, noticia espantosa!

FARNESIO

(A Felipe.)

Por lo menos, yo la hago celosa
y enveneno sus nupcias logradas.

(Acercándose a Isabela *y tratando de consolarla con fingida ternura.)*

Sí, hija mía; espantosa, hija mía;
que el Rey Luis tal hiciera da espanto...
¡Y vos, dormidita entretanto!...

ISABELA

(Entre fingidos sollozos.)

¿Qué decís, Majestad? ¿Yo dormía?

FARNESIO

(Ternísima.)

Sí, como viuda tortolilla,
de gorrito y en tules envuelta,
vos dormíais a pierna suelta...
Yo os contemplé, por la mirilla,
a las once, antes de ir a acostarme.

ISABELA

(Para sí.)

Por lo menos, supo guardarme
la muñeca.

(Dando a entender una terrible indignación, se dirige a Luis *y le apostrofa en estos términos:)*

Tirano feroz,
hombre vil, sátiro precoz,
que acosáis a las hembras, audaz,
de noche, en liviano solaz,
y que ahora alzabais la voz
por una sospecha falaz;
¡exactamente igual que ha sido
con el Marqués mi justicia, ha de ser
la que a vos os reservo, marido!
¡Por ser tuno y la tuna correr,
viviréis, para siempre ya, unido
y pegado, apretado, adherido
a aquella impúdica mujer
con quien vuestro padre os vió, ayer,
en el jardín, tan divertido!

FARNESIO

(Exultante.)

Bien hecho! ¡Es justicia!...

ISABELA

Y no basta:
que, porque jamás caiga envuelta
en su astucia, la tórtola casta
que ayer dormía a pierna suelta,
con estas mismas manos fieras,
yo he de matarla, ejecutando
lo que él quiso y tal vez no osó!
O la daré a mis camareras
para que la destrocen jugando...

(Finge llorar unos instantes.)

FARNESIO

¿Qué está diciendo? ¿Enloqueció?

ISABELA

(Dirigiéndose al camarín del fondo.)

Venid, con vuestras tijeras,
¡y perezca lo que él desdeñó!

(Ya en la puerta, que abre a medias, se vuelve para añadir, en voz natural:)

Porque, señora, he de advertiros
que la que ayer dormida visteis
es la Reina que vos hicisteis;

toda rezos, y toda suspiros;
callada, enjuta, quieta, seca,
moribunda de inanición,
y creyendo que sólo peca,
aunque es divina, la pasión...

(Ayudada de Algarina *y* Rosalba *ha sacado del camarín la muñeca que fabricaron en el segundo acto.)*

Es ésta... ¿véis?... una muñeca
sin voluntad ni corazón.
Y hoy ha muerto...

(Deja caer, con lúgubre estrépito, a los pies de la Farnesio, *que retrocede, el pobre fantoche real.)*

Llorad su infortunio
en oportunos funerales...

(Haciendo transición y con fogoso arranque jovial a sus damitas, que la siguen en cuanto inicia su mutis por la lateral.)

Y entretanto, nosotras, triunfales,
ahora que enciende el mes de junio
las fogatas de sus rosales
bajo las frondas... ¡al jardín
trasladémonos, para ver
de ponerle un remate al festín
que quedó interrumpido ayer!

(Toma de la mano al Rey Luis, *y va a salir en revuelo con sus camareras; pero todavía, desde la puerta, se vuelve, y colocando un*

momento su antifaz sobre el rostro y sosteniéndolo con la manecita, agrega:)

Señor mi suegro, ¿acaso no era
como yo linda la hechicera
que anoche hubisteis de prender?

FELIPE

(Casi reconociéndola, no sin alegría.)

¿Erais vos?

ISABELA

Acaso yo fuera:
procaz, audaz, aventurera,
¡pero mujer, mujer, mujer!

(Vuelve a quitarse el antifaz y concluye con exaltación brillantísima:)

Para reinar, basta cualquiera;
para vivir, o para ser
rosa de Francia en primavera,
es menester
no asustarse del sol y ofrecer
a sus llamas la vida entera...
¡Basta de encierro! ¡Afuera! ¡Afuera!

(Inclinándose con inefable gentileza y coquetería.)

Reina Farnesio... ¡hasta más ver!

(Y seguida de sus damas en vuelo de aves, desaparece riendo con ellas. La Farnesio *cae*

con un soponcio en brazos del Rey Felipe. Doña Altamira, *emocionada, quiere abrazar al* Marqués, *que la rechaza huyendo. Y cae el telón sobre las risas de oro de* Isabela, *de* Luis *y de sus azafatas.)*

FIN DE ROSA DE FRANCIA

Febrero, 1923.


PLVS VLTRA
HISPANIA